

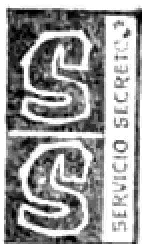
FRANK CAUDETT

Liquidando... que es gerundio



LIQUIDANDO... QUE ES GERUNDIO

FRANK CAUDETT



Colección
SERVICIO SECRETO n° 980
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES
CARACAS — MEXICO — RIO DE JANEIRO

SS SERVICIO SECRETO



Depósito Legal B 11.307-1969
Impreso en España —Printed in Spain
1ª edición: mayo, 1969

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2
Barcelona —1969

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

347 —La geometría del terror.

En Colección SERVICIO SECRETO:

977 —La fotografía.

En Colección CALIFORNIA:

611 —Sed.

En Colección KANSAS:

528 —"Colt".

En Colección BUFALO:

783 —"Impasible".

En Colección COLORADO:

566 —El *gun-man* que nunca mató.

En Colección BISONTE:

1.056 —Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

389 —Vamos… ¡dispara! ¿Qué esperas?

En Colección SALVAJE TEXAS:

637 —Memorándum para un *sheriff*.

En Colección ENVIADO SECRETO:

77 —El arma máxima.

En Colección ASES DEL OESTE:

490 —Odio.

CAPÍTULO PRIMERO
Jugada de bolsa y retribución de "gatillo"

JAMES Easton era un agente de banca y bolsa de cierto renombre en la ciudad de Nueva York.

James Easton, era en realidad, un marrullero.

Siempre jugaba a la baza fácil y bien remunerada.

Para Easton los negocios eran los negocios.

No sentía el menor escrúpulo de conciencia al meter la mano en algo que no fuese demasiado limpio.

¡Había que vivir!

Vivir costaba "pasta".

Y había que agenciarse el dinero de la forma que fuese.

Cuanto más cómoda y con menos esfuerzo, por supuesto, que mejor.

En resumidas cuentas, James Easton era un vividor que sacaba tajada, la mejor posible, de todos aquellos asuntos en donde metía las narices.

Por ejemplo, aquella mañana, sabía perfectamente lo que iba a ocurrir en Wall Street[1].

Desde la tarde anterior circulaban rumores respecto a que la Oil Petrol's & Trust Company iba a entrar en suspensión de pagos.

¡Menudo cuento!

Pero, automáticamente, las acciones de la susodicha entidad bajarían muchos enteros por debajo de su cotización nominal de compra.

Era lo lógico.

La gente querría vender aquel papel no rentable.

James Easton, por teléfono, y precisamente de un importante magnate de las finanzas, había recibido la orden de comprar.

No era la primera vez que intervenía en un asunto parecido.

¿Qué le importaba a él que aquella momentánea ruina llevase a más de un financiero a saltarse la tapa de los sesos?

¡Bah!

Lo de siempre.

Circulaba el rumor de que tal o cual empresa iba a "pique", y la gente

se hacía "bicarbonato" vendiendo. El mismo que había hecho circular el rumor, compraba. De esta forma, de la noche a la mañana, resultaba ser que el rumor era infundado y surgía un individuo desconocido que habíase hecho con el 51% de las acciones, y por tanto, con el control de la empresa.

Eran trucos financieros.

Jugadas de bolsa.

Jugadas bajas, sí... pero rentables para los tipos ávidos de billetes como Easton.

Jugadas que hacían ricos a unos y arruinaban a otros.

Y, de las que queda dicho, iban "chupando" los tipos como James Easton.

James sabía que iba a hincharse de papel porque la gente no sabría lo que hacer en tal de vender al precio que fuera las acciones de la Oil Petrol's & Trust Company.

Le habían ordenado comprar y compraría.

Oportunamente recibiría el importe de su corretaje. Y sabía que eso no podía fallar porque quién le había ordenado comprar era individuo de solvencia.

Vio rápidamente en la pizarra el enorme bajón que habían dado en pocos minutos las acciones de la Oil Petrol's & Trust Company.

El tinglado, por lo visto, estaba bien montado.

Se dispuso a dedicarse a lo suyo: comprar.

Y se hinchó de papel.

Porque la gente vendía bloques enteros con un auténtico desespero, con genuino miedo de llegar tarde al pupitre de aquel "Papa Noel" que se quedaba con todo aquel papel sin valor alguno.

Compró una buena cantidad de acciones.

Al mediodía, como siempre, se cerraron las actividades en el edificio de la bolsa. Entonces James Easton, satisfecho, se dirigió a la cercana oficina de correos que se alzaba en el cruce de Nassau Street.

Efectuó el envío, por correo certificado, de acuerdo con las instrucciones recibidas. Luego, contento, pensando en la ganancia que obtendría con aquella operación, se largó a su domicilio.

Una construcción relativamente moderna, en la zona baja de Riverside Drive, cuya parte trasera daba frente a las aguas entre azules y negruzcas del Hudson River.

Le extrañó encontrar la luz de la salita encendida.

Supuso que se trataría de su hermana.

—¡Martha! —llamó.

Silencio.

—¡Martha! —insistió.

Silencio.

Era extraño.

¿Quién sino Martha?

Decidió averiguar el por qué de la luz encendida y tanta quietud en el piso.

Avanzó por el pasillo.

Asomando a la arcada que servía de acceso al *living-salita.*

Con la natural sorpresa —desagradable dicho sea de paso—, se tropezó con dos tipos. De malas cataduras.

Tranquilos además.

Habían abierto el mueble-bar y habíanse servido generosas raciones de whisky.

Cada uno empuñaba con la mano libre una automática provista de silenciador y de grueso calibre.

—¡Eh…! —exclamó atónito—. ¿Quiénes son ustedes?

Le miraron con fijeza.

¿Qué hacen en mi casa?

—Yo… —repuso uno de los dos, el que tenía cara de perro de presa —, en tú lugar, aún estando en mi casita, me guardaría muy mucho de hacer demasiadas preguntas a dos fulanos que empuñan sendos pistolones.

—¡Pero…!

—¡Manzana, so estúpido! Nosotros hemos venido a pagarte el importe del corretaje de la operación que has realizado esta mañana a resultas de un encargo que recibiste por teléfono.

—¡Ah…! Es por eso. ¿Y hacen faltas las pistolas?

—Precavidos que somos.

—Bueno, iré directo al grano puesto que me han dicho a lo que han venido. Su jefe me debe mil quinientos dólares.

Cara de perro le preguntó al otro:

—¿No encuentras que lo hace muy caro, Clark?

—Sí, Glen. Pero ya sabes las órdenes del jefe: liquidando… que es gerundio.

Y ambos a un tiempo, antes de que James Easton tuviese la menor idea de lo que iba a suceder, apretaron los gatillos.

¡Ploc! ¡Ploc!

¡Ploc! ¡Ploc!

Cuatro disparos —dos por automática—, como ya se ha dicho, efectuados con silenciador.

Que alcanzaron al agente de banca y bolsa en mitad de la garganta y el pecho.

Los tipos dejaron encima de la repisa de cristal del mueble-bar los

vasos medio llenos de whisky que sostenían con la otra mano.

—¡Andando, Clark! —exclamó Cara de Perro.

CAPÍTULO II
Interviene el FBI

ATARDECÍA.

Troy Donovan, pese a que lo esperaban, prefirió andar un poco.

Despejarse.

Se sentía como aturdido.

Había momentos en que la ciudad de Nueva York le oprimía; le oprimían la ciudad y su trabajo; le constreñía la vida mecánica de aquel bosque de rascacielos, en el que, a menudo, se sentía extraño y perdido. Eran momentos como aquel en los que miraba hacia atrás y se preguntaba si valían la pena tanta labor y tanto sacrificio.

Sí… Después de todo era feliz, ¿no?

Él había elegido su profesión, también era cierto.

Se desligó de aquellos pensamientos al percibir su fino olfato el olor fresco y salobre que llegaba de la brisa del Hudson.

Siguió andando por la Quinta Avenida.

Tres manzanas más abajo se hallaba el Museo de la Ciudad de Nueva York, en dónde se exhibía una variada colección de vehículos, máquinas, maquetas de barcos, proyectos fabriles, lienzos, reconstrucciones de calles coloniales, utensilios y cuadros.

Pasado el museo la Quinta Avenida zigzagueaba a través del Harlem, quizá influida por el ritmo dislocado de los negros, para terminar en el Riverside Drive, mezcla de casas particulares de lujo, cuyos reflejos se extendían a lo largo de la orilla del Hudson River, y las destinadas a alquiler predominando en las alturas escarpadas de Washington-Haights, como final, las quintas de grandes extensiones de bosque con pintoresco panorama sobre el río Harlem.

Todo aquello hablaba de la ciudad y de sus comienzos; de su población, de su lucha, de su conquista; de su historia y de su triunfo.

Porque Nueva York había sido durante generaciones un filtro para la pléyade de ambiciosos que llegaban a sus muelles y puertas en busca de la ocasión propicia.

Troy pensó en los habitantes de la ciudad y se preguntó hasta qué punto podían considerarse americanos. ¿Americanos…? ¿Neoyorquinos? ¿Eran muchos los que habían percibido que la ciudad estaba formada

por una serie de mimaos apartados y distintos, unidos entre sí por la administración, los comercios importantes, los establecimientos de fama universal, la red de espectáculos y los Centros Oficiales?

Muberry Bend contenía más italianos en su seno que la propia Nápoles y el Bronx era una colonia judía, matizado de tiendas de antigüedades, joyerías fabulosas y las Sinagogas de Manu-El, Israel y Beh-El, en donde seguían practicándose las leyes de Moisés. Los alemanes habíanse agrupados en Yorkville, como podían hallarse en Hamburgo o Dusseldorf. Los españoles tenían su pequeña patria hispana entre las calles 21 y 32.

¿Por qué cada una de estas enormes agrupaciones rezumaba vida propia dejando de ser Nueva York para al mismo tiempo formar parte de él?

¡Bah!

¿Y por qué esos pensamientos?

¿Sentíase melancólico por los grisáceos aladares del atardecer?

Era un capricho que ni en "vacaciones" podía permitirse un inspector del FBI.

Ya había llegado.

118 de W. 96th St.

* * *

118.

W. 96th St.

Le entregó el gabán y el sombrero al mayordomo.

—¡Hola, Donovan! El señor Carpenter lo está esperando.

Era el secretario de su jefe quién lo saludaba tan jocosamente.

—Gracias, señor Crawford. Ha pasado cerca de un año desde la última vez que nos vimos; espero que en esta ocasión no suceda lo mismo. Por ahora, cuando usted y yo nos saludamos o despedimos, sabemos que habrá de pasar mucho tiempo antes de que la "choquemos" de nuevo.

—Usted nunca pierde el humor, Donovan.

Las duras facciones del inspector estuvieron un instante en tensión.

—No. Nunca lo pierdo.

El secretario de Edward Carpenter jugueteó con los documentos que sostenía en la diestra y sonrió.

—Quizá… vaya otra vez de viaje.

—¿Quién sabe? Tal vez.

—Ya sabe usted el camino, Donovan. Carpenter lo aguarda.

Alan Crawford guardó los documentos en una cartera de piel y

tendió la derecha a Troy.

—Debo marchar. Espero saludarle nuevamente.

El otro asintió con la cabeza y avanzó por el alfombrado pasillo golpeando una puerta maciza forrada con gutapercha.

Le llego un débil:

—¡Adelante!

Entró.

Edward Carpenter, hombre de mediana edad y cabellos canos, alzó prestamente la cabeza.

—¡Troy! ¡Muchacho! ¡Al fin!

Donovan le miró jovial mientras se estrechaban la mano.

—¿Piensa darme unas vacaciones, jefe?

Carpenter carraspeó.

—Siéntate, muchacho. Esta vez va muy en serio.

Ambos se acomodaron separados por una enorme y pesada mesa tallada en nogal.

—¿Qué sucede? —preguntó el joven inspector de revueltos y ondulados cabellos negros.

—¿Sabes cómo está el panorama internacional en la actualidad?

—Depende… Pero en líneas generales, no.

—El dólar tiene en las casas de Cambio y en los Bancos un valor específico inferior al que se cotiza en el mercado negro. Esto ocurre en los países necesitados de divisas y aquellos en que los desastrosos efectos de la contienda aún dejan sentir su lastre y la recuperación es más lenta. Sucede también con cierta frecuencia en la serie de países que van emancipándose de la antigua Comunidad de Naciones Británicas.

El hombre hizo una breve pausa en su explicación.

—Lo lógico —prosiguió—, sería que la moneda con que se comercia proviniese de atracos y asaltos, ¿verdad?

Cabeceó el inspector del FBI.

—Sí.

—Pues no ocurre de este modo. La organización que explota la necesidad del dólar en los mercados mundiales, obtiene sus dividendos arruinando empresas comerciales que van a parar a manos de un accionista fantasma, y cuyo numerario es el que se emplea para el tráfico clandestino de divisas. En los últimos meses se sabe que han conocido la bancarrota empresas de un potencial económico como la Imperial Realty Incorporated, la International Sales Corp°, la North Star Sand & Gravel Corporation, la Peck Heating Komfort-Air Inc° y últimamente la famosísima y conocida Oil Petrol's & Trust Company. El capital invertido en esas compañías pasa a manos del accionista desconocido que es quien se encargar por medio de su red de distribuir

la moneda a los diversos mercados en especial europeos. Y de Europa, con predilección, Francia e Italia.

Carpenter estuvo consultando unos minutos su librito de notas y continuó:

—Chas Kessner, uno de nuestros mejores hombres, tuvo una idea genial. Fijó su atención en las fechas que afectaban a la quiebra de las empresas y aquéllas en que, aproximadamente, era localizado el dinero en Europa. Durante muchas semanas estuvimos trabajando en las Compañías de Navegación y en las Líneas Aéreas… siguiendo una corazonada, impulsados por los presentimientos de Kessner. Buscábamos un pasajero cuyas salidas de los Estados Unidos coincidieran de manera aproximada con las fechas que te he indicado.

—¿Algún resultado? —inquirió Troy Donovan.

—En tú despacho encontrarás un expediente completo del asunto. En el podrás darte perfecta cuenta de hasta dónde llegó Kessner. Hace tres meses estuvo a punto de echarle el guante a un tal Pietro Santora… pero, después de la muerte de Kessner, Santora se esfumó y no hemos vuelto a saber nada de él,

Troy meneó la cabeza.

—¿Era Santera el hombre que llevaba el dinero a Europa?

—Eso suponemos.

—¿Y mató a Chas Kessner?

—¡Oh, no! Eso fue un completo absurdo. Cierto muchacho llamado Roland Eyler le apuñaló. Hace unos años, Chas detuvo a su padre por asesinato y trata de blancas llevándolo a la "silla". El chico llevó a cabo una venganza personal. Ajena por completo al asunto en que nuestro hombre trabajaba. Su labor ha quedado interrumpida y por eso te he esperado con tanta impaciencia.

Miró firmemente a Troy antes de agregar:

—Tú eres el único capacitado para continuarla.

—¿Instrucciones? —Donovan enarcó las cejas.

—Que te leas el expediente de que te he hablado. Luego, disponte para salir hacia Europa la semana próxima. Nuestros contactos en Roma y París te facilitarán la labor. Es factible que desde allí consigas capturar a Santora o quien sea que se encarga de llevar los billetes hasta Europa.

—Correcto, jefe. ¿Tiene que hacerme alguna indicación más antes de empezar?

—Ninguna, Troy. El asunto es tuyo.

CAPÍTULO III
Liquidando… que es gerundio

ANGELO Donnagio era italiano.

Angelo Donnagio era representante de productos químicos.

Angelo Donnagio era un imbécil.

Bueno… no tan imbécil. Porque con su otro pasaporte a nombre de Pietro Santora había ganado "pasta" fácil.

Pero ahora se la estaba jugando.

Y con aquella gente no se podía jugar.

Al principio todo iba bien.

Billetes fáciles.

Pero después se cansaban de uno.

Comprendían que uno podía irse de la "muy".

Y para que achantase de por vida no existía otra mejor solución que "liquidarlo".

Angelo Donnagio, que además de los "eras" enumerados, era gordo, macilento y barrigudo, de doble papada y carnes fláccidas, empezó a lamentarse del día en que había aceptado trabajar para aquella gente.

Y es que el negocio de floristería que había puesto con los beneficios, empezaba a tirar lo suyo, hacía que Donnagio añorara la vida hogareña.

Hacía que no se acordase de los viajecitos a Europa con la correspondiente remesa de dólares.

¡Servía de "tapadera"!

Total, por un miserable porcentaje que sólo le había permitido poner una floristería.

Angelo Donnagio, que para tomar decisiones fuertes se miraba delante del espejo y así se envalentonaba, le dijo al pulido cristal de la ovalada luna:

"—No trabajas más para ellos. Si sigues haciéndolo llegará un momento en el que no podrás salir. Y, o te matarán ellos mismos, o acabarás entre rejas.

Era una decisión firme y contundente.

Por eso cuando Cara de Perro se presentó por la floristería preguntándole cuándo emprendía el próximo viaje a Europa, Angelo, con una serenidad fingida, que no sentía, repuso:

—Esta vez no pienso llevar vuestro encargo. Ni ninguna otra.

—No seas tonto, Donnagio —le dijo Cara de Perro—. Con nosotros te va bien y ganas billetes. ¿Por qué renunciar a un asunto tan fácil?

—Porque no quiero parar entre rejas.

—¡Toma! ¿Y ahora se te ocurre pensar en eso?

—Nunca es tarde… —apuntó el gordinflón Donnagio, echando mano de aquel viejo y manido refrán.

—Angelo, Angelo… —le advirtió Cara de Perro—, Mira que te la juegas. Nosotros tenemos un lema. ¿No lo conoces?

—No.

—Liquidando… que es gerundio.

Donnagio se envalentonó. Dijo:

—Contaba con esa amenaza, Glen. Pero dejaré un papel escrito para que vaya a parar a manos del FBI si a mí me sucede algo.

—¡No esas iluso!

—Es la verdad, Glen.

—Nada de lo que digas en esa carta podrá ser comprobado.

—Pero investigarán…

—Mira Angelo —habló Cara de Perro—, yo…

—¡Es inútil!

—Mira Angelo… ¡y no me hagas repetir las cosas!, dejémonos de tonterías. Dentro de una semana vendré para saber la fecha de tú próximo viaje.

—Insisto en que es inútil.

—Vendré…

A Donnagio no le tocaba la camiseta a la piel.

No obstante y vista su firme decisión, escribió la carta.

Luego cogió el listín telefónico por profesiones, y al azar, hizo una llamada.

Se expresó así:

—Usted no tiene más que hacer llegar mi carta al FBI, detective Gorman. Junto con ella le remito trescientos dólares en concepto de gastos.

—O. *K.* —le contestaron.

Angelo Donnagio se tiró las noches de aquella semana en vela.

Pensando.

¿Se lo "cargarían"?

¿Y si decidía proseguir su trabajo?

¡Nunca!

¡Eso nunca!

Sería introducirse más y más en un círculo vicioso del que le sería imposible salir.

De otra parte, ya había escrito la carta y enviado la misma al detective William Gorman. Era de suponer que se trataba de un tipo honrado que cumpliría su parte en el pacto. ¡Por trescientos…!

Angelo Donnagio, y volvemos a la cuestión, se pasó siete noches consecutivas sin pegar lo que se dice un ojo.

Pensando hasta enloquecer en la próxima visita de Glen Bannion, para los amigos, Cara de Perro.

Siete días.

* * *

Se abrió la puerta del establecimiento.

Entraron tres tipos.

A la cabecera, Cara de Perro.

—¿Qué tal, Donnagio?

El barrigudo se encogió tras el mostrador de la floristería.

—Seguimos igual, Glen. No trabajo.

—¿De veras? He traído un amigo tuyo que tenía gusto en verte —y se hizo a un lado para descubrir la presencia de un tipo con nariz chata y pinta de *catcher*, Agregó—: Ettore Gallermi aún se acuerda de la paliza que le hiciste propinar cuando eras capataz de estibadores en el Hudson. ¿Quieres que él te convenza?

Donnagio hizo ademán de sacar la mano del mostrador.

Pero armada.

Cara de Perro fue más rápido.

Le metió, de súbito, dos balazos entre ceja y ceja.

Luego aún se oyeron más detonaciones.

Cayó otro hombre.

Dos corrieron hacia el auto que aguardaba en el exterior.

Minutos después sonaron silbatos policiales.

* * *

Sonó el timbre de la puerta.

Un hombre alto, de buena contextura, acudió a abrir confiadamente.

Vio a los dos tipos.

—¿Qué desean?

—¿Es usted el detective Gorman? —preguntó uno de los dos.

—William Gorman en persona. ¿En qué puedo servirles?

—¿Podemos pasar? —preguntó a su vez el que tenía Cara de Perro.

—Sí…

Entraron en el despacho.

—¿Está solo? —preguntó el compañero de Cara de Perro, Clark Leigh.

—Sí —respondió el detective—. ¿Se trata de algún asunto confidencial?

—Mucho, pesquisa —repuso Glen.

—Hemos venido a conjugar un verbo —dijo Clark.

—¡Qué! —Gorman se puso en pie de un brinco.

Cara de perro sacó su automática con silenciador.

—Verbo "liquidar", estúpido. Y liquidando… es gerundio.

William Gorman trató de abalanzarse sobre Glen Bannion para evitar una muerte tan absurda.

No lo consiguió.

Cara de Perro le clavó dos balazos en el entrecejo volcándolo encima de la mesa.

—¡Clark! ¡Rápido! ¡Busquemos la carta que le entregó Donnagio!

Pusieron el despacho patas arriba.

Revolviendo muebles y cajones, rasgando fundas y tirando estantes.

—¡Ya la tengo! —exclamó Clark Leigh, agitando un papel en el aire.

—¡Vámonos, rápido!

CAPÍTULO IV
Juega el destino

TROY Donovan, después de leer el expediente completo que había dejado su compañero Chas Kessner, y lo que a él habían añadido los burócratas del FBI, decidió comenzar las investigaciones por su cuenta antes de partir hacia Europa.

Y el más reciente punto de referencia que tenía era la suspensión de pagos y quiebra de una empresa tan potente como lo había sido la Oil Petrol's & Trust Company.

Por fortuna tenía un amigo en la Stock Echange de Wall Street, uno de aquellos malabaristas del dinero que lanzaban el espejismo del "Boom" o podían provocar suicidios en cadena por quiebras más o menos calculadas.

Sin pensarlo un solo instante se plantó en Wall Street aquella mañana. Sintióse confuso entre aquel maremágnum vocinglero de gente que pedía a voz en grito las cotizaciones actuales de tal o cual empresa, o de los que a empujones se acercaban a las pizarras para leer las cifras en ellas escritas.

Fue cuando Troy comprendió que la vida para él era algo…, algo sin ambiciones que iba de dentro a fuera. El, sentía la necesidad de vivir y hacer vivir a los demás, lejos de aquel febril mecanismo en que toda la vida se basaba en las ambiciosas especulaciones bursátiles.

Pero hasta obligación suya era proteger a aquellos tipos por su misma riqueza.

¡Bah!

Le daban asco.

Entre tanto gentío, la estatura privilegiada de Troy le permitió distinguir a la persona que buscaba.

Codeando se acercó hacia ella.

—¡Gordon! —exclamó.

El aludido giró la cabeza.

—¡Eh… Troy! ¿Tú por aquí? ¿Es que has decidido pasarte al enemigo?

—No —sonrió el hombre del Federal Bureau of Investigaron—. Pero necesito hablar unos segundos contigo a solas.

—No será para "atornillarme", ¿eh? ¡Conozco vuestros métodos!

—Descuida.

—Bien. Pasemos a una de las cabinas libres.

Todo lo que era la Stock Echange en su sala central, estaba rodeada por una especie de cabinas telefónicas, en donde se ultimaban, lejos del bullicio, los tratos de mayor envergadura.

Encontraron una de desierta.

—¿De qué se trata? —inquirió Gordon Lamont, individuo calvo de mediana estatura.

—De la Oil Petrol's & Trust Company.

—¡Bah! ¡Se fue al agua!

—Eso ya lo sé, informador. Pero lo que me interesa saber es si alguien compró muchas acciones de esa compañía el mismo día en que circulaban los rumores de quiebra.

—Hombre… —se pellizcó la barbilla. Exclamando de súbito—: ¡Ahora que lo dices, sí! ¡Claro que sí! Easton se hinchó de comprar papel de la Oil Petrol's & Trust Company.

—¿Quién es Easton?

—Un colega.

—¿Está por aquí?

—No… Ahora que lo dices, desde aquel día que no lo veo. Pero sé su domicilio. ¿Te interesa?

—Desde luego.

—Toma nota… —vio que Troy sacaba pluma y un bloc, añadiendo—: 117 de River si de Drive. Estoy contento de haberte sido útil.

—Gracias, Gordon.

* * *

117.

Riverside Drive.

O.K.

Era un moderno edificio de veinte pisos, muy cerca, ciertamente, del Manhattan Opera House. Un edificio con lujoso vestíbulo, alfombrado, con plantas artificiales, silencioso, discreto… Allí se veía la cabina del portero, con su centralita telefónica. El tipo devoraba ávidamente la sección de sucesos del *New York Times.*

Alzó la cabeza al oír las quedas pisadas de Troy sobre la alfombra y la examinó rápidamente. Un tipazo; un tipo que si no era guapo, no le hacía maldita falta.

El fulano asomó por una ventanilla.

—¿Desea algo? —inquirió.

—Ver al señor Easton.

—Lo siento. Llega con retraso.

—No entiendo —dijo Troy…

—Se lo "cargaron" hace dos días.

El agente del FBI apretó los puños.

—¿Vive alguien más en el piso?

—Su hermana Martha.

—Hablaré con ella.

—¡Oh, no…! ¡Deje a la pobre chica en paz! Reporteros, policías…

Troy le mostró el carnet, insistiendo:

—Quiero hablar con ella.

—¡Eh…! Las cosas cambian. Haber empezado por ahí. Un momento, agente, que… —Inspector.

—Un momento, inspector, que lo anuncio.

El portero manipuló la centralita telefónica comunicando con el departamento de Martha. Aguardó un minuto antes de recibir respuesta. Pero algo es algo. Martha estaba allí.

—El señor Donovan desea hablarle, miss Easton. Está aquí.

—¿Cómo? ¿Qué no lo conoce?

—Sí, sí, miss Easton. Pero se trata de un policía federal.

—De acuerdo, miss Easton.

Colgó los auriculares en un lateral de la centralita, y dijo:

—Apartamento 18 C.

Troy asintió con la cabeza.

—*Okey* —rezongó.

Ascensor.

18 C.

Llamó apretando el discreto zumbador. Y esperó unos instantes antes de oír el vivo taconeo de la mujer. Cuando ésta abrió la puerta, la entreabrió mejor dicho, Troy mostró su placa de identificación.

—¡Más policía! ¿Por qué no se van al cuerno? ¿Es que van a devolverle la vida a mi hermano?

—Desgraciadamente, no. Pero… ¿no querrá usted que hablemos en el umbral de la puerta?

—Pase.

Troy obedeció y Martha cerró la puerta. Luego, ambos en el vestíbulo, parecían estudiarse. Martha era una mujer de unos treinta y cinco años; alta, flexible, con una figura de apetecibles contornos. Tenía los ojos azules, sí, pero el cabello muy negro y brillante, con un peinado muy moderno; los labios de Martha eran algo delgados, y sus ojos eran misteriosos, algo melancólicos; delgada de rostro, pero en conjunto realmente hermosa. Vestía rigurosamente de negro. Su perfume, no

obstante, atraía; su mirada, su cuerpo. Su piel bronceada en dos semanas aproximadamente se percibía con cierta nitidez tras el *nylon* de luto. Parecía una mujer difícil para el amor, pero esa impresión la causaban en general las mujeres más apasionadas. Uno ignoraba con dificultad a Martha en brazos de un hombre, pero… debía resultar agradable y emocionante. De un modo especial, emocionante. Por lo menos, lo hacía creer así aquella media luz, el efecto del perfume, la melancolía de aquellos ojos que podían llegar a ser muy fríos.

—Sígame —dijo ella, un tanto imperiosa.

Pasillo adelante.

Una salita. Allí había estado Martha, tumbada en un sofá, bebiendo un whisky caro; había también colillas de cigarrillos en el cenicero, que se habían llevado buena parte del *rouge* de Martha, Había tocadiscos, televisión, mueble-bar… Un lugar confortable. Desde el ventanal podía uno asomarse al Hudson y contemplar el ir y venir de los *ferry*.

No parecía excesivamente afectada por la muerte de su hermano.

—¿Whisky? —inquirió Martha,

Nada.

—Al menos siéntese… —señalaba una de las butaquitas de la sala.

Troy dejóse caer en una de ellas mientras Martha se tumbaba provocativa en el brazo de una.

—¿Estaba usted al corriente de los negocios de su hermano?

—Le he dicho a la policía, cien veces, que no.

—¿Algo especial el día de su muerte?

Ella se encogió de hombros.

—Especial… ¡Bah! Sé que la tarde anterior estaba muy satisfecho porque le habían efectuado un encargo por teléfono que según él sería rentable. Tenía que comprar acciones de no sé qué compañía y remitírselas por correo a alguien.

—¿Sabe el nombre de ese alguien?

—James no lo mencionó… al menos que yo recuerde.

—¿Tiene idea de si tenía por costumbre tratar siempre con los mismos clientes?

Prendió un pitillo exhalando una densa, tupida, y olorosa bocanada de humo.

—No. No estaba al corriente de los negocios de mi hermano.

—¿Está enterada por lo menos de qué oficial de homicidios lleva el asunto de su hermano?

—Teniente Alversen.

Troy Donovan estuvo a punto de lanzar un estruendoso ¡caramba! Era casualidad que se tratase de Alversen. Harold y él se habían graduado juntos en Quantico pero Alversen posteriormente había sido

trasladado a homicidios.

Se felicitó mentalmente por su buena suerte.

Y poniéndose en pie, dijo:

—Es todo, señorita Easton.

Ella lo midió de pies a cabeza provocativa.

—¿Todo?

Troy no respondió a la insinuación de quien por lo menos debía simular encontrarse más afectada por la muerte de su hermano.

* * *

—¡Troy, muchacho! ¿Qué fiesta es hoy?

El teniente Alversen se alegró de verle.

—Se trata de una visita interesada.

—Si te lo traes escrito en la cara. ¡Interesado! ¡Nunca queda tiempo para ver a los amigos! ¿Eh?

—Perdóname pero…

Les interrumpieron por el intercomunicador.

La llamada procedía de la calle E. 79th.

Los policías de servicio daban cuenta de la comisión de un asesinato.

—…Sí, teniente; en la floristería de un tal Donnagio. Le han descerrajado dos balazos encima de la nariz. ¿Cómo? Sí, sí…, tenemos a uno de los atacantes. Está herido. Pero es raro. ¿Por qué? Porque Donnagio no llegó a disparar su pistola. Y el atacante tampoco porque le hemos encontrado un 38 en el bolsillo con el tambor intacto. ¿Dónde? En el Bronx Hospital. Esperamos su llegada, teniente.

Alversen saltó de la mesa encasquetándose el sombrero.

—¿Me acompañas, Troy?

—Bueno… no tengo nada mejor que hacer por el momento. Y veo que el asunto que me ha traído aquí se pospone.

—¡Andando pues!

Afuera les esperaba un coche patrulla con la sirena en marcha.

* * *

Bronx Hospital.

En el 1276 de Fulton Avenue.

Bronx.

Los policías de uniforme esperaban a la puerta.

—No quiere cantar, teniente. Y el médico ha dicho que todavía está muy flojo para atornillarlo.

—Bien; veremos.

Se cruzaron con varias figuras vestidas de blanco que respondían lacónicamente a sus saludos.

Un hombre les salió al encuentro.

—¿Son los policías encargados del caso?

—Sí —respondió el teniente Alversen.

—Permítanme que me presente. Soy el doctor Rodney Osborn. Antes de que interroguen al herido quiero ofrecerles una copa de licor en mi despacho.

Alversen miró a Troy extrañado.

—Bueno. No hay inconveniente.

Cruzaron pasillos y más pasillos, de paredes plastificadas en blanco, tras el doctor Rodney Osborn.

Entraron finalmente en un despacho lujosamente amueblado. Y confortable.

El médico señaló dos butacas.

—Siéntense, por favor.

—El cuerpo del herido —dijo a continuación, pasando tras la mesa —, muestra un par de impactos. A Ettore Gallermi le han sido disparados dos proyectiles… *teniendo en cuenta que la víctima no llegó a usar su arma*. Uno de ellos, como una cuchillada ha sesgado profundamente, cortándole, pero sin penetrar. El segundo aparece en su cuerpo un poco por encima del hígado.

El doctor se aclaró la garganta y miró alternativamente a sus oyentes, cuyo interés demostraba con claridad que estaban pendientes de sus palabras.

—La primera de las heridas, dibuja, digámoslo así, la trayectoria de la bala, ¡Ah…! antes debo decirles que Gallermi fue alcanzado por tres disparos uno de los cuales no aloja proyectil en su cuerpo porque entró y salió. Tras su posición de caída, incrustados en la pared, han sido hallados dos proyectiles más del mismo calibre de los que mataron a Donnagio.

—Lo cual significa —le atajó el teniente Harold Alversen—, que Gallermi y Donnagio fueron alcanzados por proyectiles de la misma arma, ¿no?

—Exactamente.

—¿Y eso qué demuestra, doctor? —inquirió Troy Donovan.

—Que hubo confusión por parte de los atacantes.

El del FBI miró a Osborn con atención y rectitud. Indagó:

—Doctor… honradamente, ¿cree usted que Gallermi fue herido accidentalmente por uno de los hombres que lo acompañaban?

Rodney Osborn se recostó en el sillón e hizo un gesto ambiguo con la

mano.

—Cabe dentro de lo posible, desde luego. Pero se hace difícil creerlo y existen poderosas razones para opinar lo contrario; entre ellas, el hecho de que las dos puertas de entrada a la floristería de Donnagio, desde las cuales se hicieron los disparos, están lo suficientemente alejadas del mostrador como para poder dominarlo en su totalidad. Hay que contar con la exacta posibilidad de que Gallermi no estuvo nunca dentro de la línea de fuego de los disparos dirigidos a Donnagio, por lo cual, hay que llegar a la consecuencia evidente de que le dispararon deliberadamente. He querido explicarles esto, señores, para que tengan una mayor base y cimenten mejor sus preguntas a la hora de interrogar a Ettore Gallermi. ¡Ah!, les ruego que sean "suaves". Ha perdido mucha sangre.

Dos policías charlaban animadamente en la puerta de la habitación donde se encontraba el herido.

Se cuadraron al ver al teniente.

—¿Sabes qué he pensado, Troy?

—No. En mi familia no hay zahoríes.

—Que lleves tú el interrogatorio. Lo harás de una forma más fría y tranquila.

—Bueno… —se encogió de hombros—, como quieras.

—¡Ah…! —exclamó antes de que entraran en la habitación el hombre del FBI—. Que te conste que he venido por lo de la investigación que llevas a cabo sobre el asesinato del agente de banca y bolsa James

Easton.

—Correcto. Luego hablaremos. Ahora hazme el favor de interrogar a ese tipo porque yo estoy nervioso y…

—*Okay*, teniente.

El tipo que estaba en la blanca cama llevaba barba de dos días. Y aunque se le adivinaba fuerte, estaba muy pálido por la reciente pérdida de sangre.

Troy Donovan rodeó la cama y se trajo una silla metálica para tomar asiento a la cabecera.

El herido, significativamente, volvió el rostro hacia el otro lado.

—¡No empieces con tonterías, Gallermi! —exclamó el teniente.

Donovan le hizo un gesto de calma.

Luego, dirigiéndose, al herido que tenía la nariz hundida y pinta de ex profesional del *catch*, soltó:

—Buena te la han jugado, ¿eh, Gallermi?

Siguió en silencio.

—Te hacen servir de "tapadera" para asesinar a Donnagio y luego por poco te liquidan a ti —siguió el del FBI—. ¿Crees que se merecen que les

guardes muchas consideraciones? Si te aciertan estarías haciéndole compañía a Donnagio.

—¡Eso es cosa mía chico listo! —exclamó el herido.

—Entonces… ¿admites que dispararon contra ti?

—¡Sí lo admito! ¿Y qué?

—Tienes una clase de compañeros poco recomendables.

—No peores que la policía.

—Gracias por la parte que me toca. Dime al menos… ¿por qué querías "liquidar" a Donnagio?

—No me caía simpático.

—Es una buena razón pero no me parece suficiente. ¿Cuál es la otra?

Ettore Gallermi se volvió hacia el que lo interrogaba.

—¡Se la tenía jurada! —exclamó.

—¿Por…?

Gallermi se pasó una mano por el lívido rostro.

—Fue hace años. Donnagio era capataz de estibadores en el Hudson e hizo que dos tipos me pegaran una tremenda paliza para demostrar que él era quién mandaba allí. Entonces se hacía llamar Pietro Santora…

—¡¡¡Santora!!! —exclamó el agente federal, recordando que aquel era el hombre a quién su ex colega Chas Kessner había estado a punto de echar el guante por tráfico y contrabando de divisas.

—Sí… —murmuró el herido. Y viendo la cara de asombro que ponía el del FBI preguntó—: ¿He mencionado al diablo?

—No, no, desde luego —repuso Troy zafándose a la momentánea sorpresa. Y dijo—: Continúa. Se la tenías jurada a Santora o Donnagio, que es lo mismo, porque te hizo zumbar en los muelles. ¿Qué más? ¿Cómo esperaste tanto tiempo para cargártelo?

—Yo no me lo hubiera… ¡Bah! ¡Estoy hablando de más!

Troy se inclinó hacia él.

—¿Eso crees? ¿Y no piensas en que incluso puedes ir a la silla eléctrica por encubrir a quienes no lo merecen? ¡Trataron de asesinarte! ¡Te han dejado en la estacada! De acuerdo, no eres un soplón. Pero ellos se están tronchando a mandíbula batiente porque están seguros de que tú seguirás dentro de les preceptos de esa absurda omerta[2].

—¡No puedo ir a la silla!

—Irás… a poco que el fiscal se esfuerce. Es tu última oportunidad, Gallermi. ¿Sí o no?

El herido miró casi religiosamente al federal.

—Bueno… —murmuró.

—¿Por qué fuiste con ellos a liquidar a Donnaggio?

—Me vinieron a buscar, diciéndome que podría vengarme de la paliza recibida años atrás. En un principio, creí que sólo se trataba de

pegarle… Luego, cuando le descerrajaron los dos balazos, comprendí que había ido allí para servir de hombre de paja. Yo, asesino de Donnagio por venganza. Dispararon también contra mí, pero con menos fortuna.

—Has demostrado ser un poco inteligente, Ettore. Puede que estas palabras te valgan de más de lo que tú supones. ¿Quiénes son ellos?

—No los conozco. Vinieron a buscarme a casa.

—Puedes al menos describirlos.

Lo hizo. Detalladamente. Sobre todo de Cara de Perro.

—¿Los reconocerías de verlos en retrato?

—¡Por supuesto!

Troy, dirigiéndose al teniente Alversen, que había permanecido silencioso a los pies de la cama durante todo el interrogatorio, le dijo:

—Encárgate de que le traigan los álbumes.

El del FBI se puso en pie.

—Que te recuperes, Gallermi.

—Adiós, "poli".

Ya fuera de la habitación, Troy le dijo a Harold Alversen:

—Tenemos que hablar largo y tendido.

—En mi oficina, Troy. ¿Te parece?

—De acuerdo.

—¡Ah…! Oye… ¿por qué te has sorprendido tanto al oír el nombre de Santora?

Troy sonrió, suavizando sus duras facciones.

—Forma parte de lo que tenemos que hablar.

Afuera les aguardaba el coche-patrulla.

Diez minutos después estaban acomodados en el viejo despacho que Alversen tenía en su Precinto del Bronx.

—Te escucho —dijo el teniente.

El del FBI empezó por narrar la misión que se le había encomendado. Luego mencionó al destino como causante de la unión entre su labor y los dos casos que investigaba Alversen.

—¿Pasan a la jurisdicción federal? —inquirió el teniente.

—Desde este momento —repuso Troy. Agregando—: No obstante, si quieres echarme una mano…

—¿Cómo qué?

—Llevarle los álbumes al herido y ver si identifica a los tipos que fueron con él a liquidar a Donnagio o Santora. Me interesa también que averigües si este último tenía familiares. ¡Ah…!, se me olvidaba. ¿Reconstruiste los pasos de James Easton, desde que salió de la Stock Echange hasta que llegó a su casa, el día en que fue asesinado?

Negó el policía con la cabeza.

—No he podido conseguirlo. Nadie hizo el camino con él ni nadie sabe nada. ¿Por qué? —Por la sencilla razón de que compró cantidades industriales de acciones de la Oil

Petrol's & Trust Company… y me pregunto dónde fueron a parar. ¿A quién se las entregó?

—Estoy *in albis*, federal. Haré lo otro que me has dicho, pero…

—No te preocupes. Le haré otra visita a la apenada hermana de Easton.

Se estrecharon las manos.

Troy salió del despacho.

CAPÍTULO V
Reclutando traficantes

GINA Donnagio era una muchacha bonita en toda la extensión de la palabra.

Más que eso, lo que se dice angelicalmente cautivadora.

Tenía algo.

Quizá ese algo ya comenzaba en el perfecto óvalo de nácar que tenía por rostro, con una barbilla tenue pero decidida. Sus ojos tenían una gama de matices irisados entre los que destacaba el fulgor del verde, un verde esmeralda que chispeaba cuando la luz reverberaba en sus pupilas; eran unos ojos grandes, vivos, con la fluidez luminosa de dos encendidas constelaciones, que se movían incesantemente con una viveza extraordinaria de un extremo a otro de las órbitas en forma de elipse cuyos vértices suaves pero definidos se prolongaban hasta las sienes. Entre aquel par de ojos que daban personalidad al óvalo de nácar, estaba el nacimiento de una naricilla breve, respingona, que prestaba al rostro ese aire al mismo tiempo de candidez y picardía que en conjunto resultaba de lo más gracioso. La boca era la separación o la unión, según estuviera, de dos labios de perfecto trazo, arqueados, sensuales, que rezumaban esa carnosa humedad roja que tan innecesaria hacía el uso de lápiz pintalabios.

Su cuerpo era una partitura de brevedad armónica donde los encantos destacaban por su perfección y no por sus condiciones exhaustivas o exuberantes. El busto era breve, lo suficiente bien dotado para que atrajese miradas masculinas, y poseía una erecta firmeza exenta de ficticias ayudas, producto de la juventud y vitalidad de Gina. Su cintura tenía la flexibilidad del junco y ese dúctil bamboleo del cáñamo que hace que se doble al menor soplo del aire; era estrecha, inverosímilmente estrecha. Las caderas sacrificaban la rotundidad que tenían en otras mujeres más llamativas por una tenue pincelada de cadencia armoniosa que las hacía oscilar cimbreantes al compás de las piernas largas, gráciles, de fina curva comenzada en el tobillo, que la falda ahora negra descubría dos dedos por encima de unas rodillitas preciosas.

Gina iba toda ella vestida de negro. Y hasta parecía que aquel color de suéter y falda sentaba bien a su rostro nacarino y transparente, le

daba mayor vida y contraste.

Gina, en realidad, tenía sus problemas. Como todo el mundo. Y como también le parecen a todo el mundo, a ella los suyos le parecían insolubles.

La repentina muerte, tan de repente como tristemente violenta, de su tío Angelo, la había sumido prácticamente en un caos de confusión e indecisiones.

Por primera vez se encontraba sola en la vida y dudaba ante el camino que debía elegir.

Trabajo no le faltaba. Tenía la floristería por un lado, y de otro, la Kraven & C° Chemicals, empresa en la que había trabajado su tío Angelo, le ofrecía la misma plaza como representante y corredora de productos químicos tanto en el continente como en el extranjero.

Pero Gina hubiese necesitado de alguien que le indicara qué decisión era la correcta. ¿Valía la pena sacrificar toda una vida detrás del mostrador de una floristería? ¿No resultaba mucho más agradable trabajar y conocer países del extranjero?

De buena gana le hubiera escrito una carta a cualquiera de aquellas señoras que por distintas emisoras radiofónicas se dedicaban, con mayor o menor acierto, a aconsejar a quiénes como ella se encontraban ante la encrucijada de tomar una determinación, de escoger un camino.

Estas eran las divagaciones de la mente de Gina cuando llamaron al timbre de la puerta con cierta insistencia.

Sacudiéndose unas hipotéticas motas de polvo de su indumentaria acudió a abrir.

Eran dos hombres.

Uno de ellos muy alto y con un rostro que recordaba la apariencia chata de cierta especie canina.

Fue este último quien preguntó:

—¿La señorita Donnagio?

—Sí… ¿Qué desean?

—Yo soy Glen Bannion, señorita, y éste es mi compañero Clark Leigh. Quisiéramos hablar un momento con usted. ¿Se puede?

—¡Oh… sí! —se hizo a un lado precediéndoles después de cerrar hasta la salita.

Les mostró dos butacas en donde los tipos se arrellanaron cómodamente.

—Ustedes dirán…

—Verá —habló Cara de Perro—, su tío Angelo trabajaba para nosotros. Aprovechando los viajes que hacían a Europa, llevaba una cantidad determinada de cierta mercancía en una maleta especial.

Gina, que se había mostrado muy recatada al sentarse uniendo las rodillas y tirando al máximo del borde de la cortita falda, dijo:

—No le comprendo.

—Es sencillo, monada —dijo Cara de Perro, empezando a tratarla con una familiaridad casi insultante—. Sabemos que la Kraven & Co° Chemicals te ha ofrecido la misma plaza que ocupaba tu tío. No tienes más que aceptar. Y cada viajecito que hagas a Europa llevarás la maleta especial conteniendo un artículo suculento… —hizo chasquear significativamente el pulgar e índice de la diestra—, del que te corresponderá una parte. ¿Entiendes ahora?

—Algo. Y… ¿a quién debo entregar ese artículo?

—No sufras por eso, prenda. Nosotros ya te lo indicaremos. Lo importante ahora es que te apresures a aceptar el cargo o plaza de la Kraven & C° Chemicals.

Gina, un tanto desconcertada y toda candidez e inocencia, preguntó:

—¿Es… es lícito el negocio o trabajo que ustedes me proponen?

Cara de Perro soltó una risotada que fue coreada por su compañero.

—¡Claro que sí, rica! ¿Nos crees capaces de proponer negocios deshonestos?

Ambos se pusieron en pie.

—¿No… no quieren tomar nada?

—No. Gracias, paloma. Volveremos a verte dentro de una semana.

Y se fueron hacia la puerta sin esperar que ella los acompañara.

Gina se quedó pensativa.

Bastante confusa.

CAPÍTULO VI
Nada en claro

117 de Riverside Drive.

Troy se encontró de nuevo, en poco tiempo, frente a aquel mismo edificio.

Con su línea moderna y estilizada. Con sus buenos veinte pisos que ya le otorgaban el calificativo de rascacielos.

Nueva York eran rascacielos, rascacielos eran Nueva York, pensó Troy. Pero había algo más. Un algo resumido de aquella ciudad, como la había llamado alguien, "Un filtro gigante". Y también un precipicio para aquellos muchos que debían resignarse a vivir en la ciudad, merodeando las cenizas de la ilusión, contemplando algo que se anheló y que es gastado y gozado por otros más afortunados o más audaces. Porque Nueva York tenía un halo inconsciente que transformaba su aire geométrico y adusto, confiriéndole un aspecto indefinible de ese encanto que tiene la fémina. Por ello, sin abandonar la ciudad, muchos permanecían fieles a sus calles, a su río, a su puerto; era lo mismo que el amante engañado que no se resigna ante una realidad con la cual no puede luchar y busca en la fe y en la pervivencia de la ilusión esa esencia de lo que fue tan querido.

—¡Bah!

¡Qué día de nostalgias absurdas con la de preocupaciones que tenía a la espalda!

El lujoso vestíbulo, alfombrado, discreto, silencioso…

La cabina del portero.

Lo reconoció de inmediato demostrando que era buen fisonomista.

—¿Quiere que avise a miss Easton? —inquirió, sacando la cabeza por la ventanilla.

—Esta vez no hace falta, hermano —rezongó.

Ascensor.

Planta 18.

Pasillos.

Apartamento C.

Clavó el pulgar en el zumbador situado en el lateral izquierdo de la jamba.

Un vivo y nervioso taconeo.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina a través de la puerta cerrada.

—Troy Donovan. El agente del FBI que antes ha estado hablando con usted.

—¡Váyase al cuerno, amigo! Ya le he dicho antes todo lo que sabía.

Troy empezó a ponerse nervioso.

—Mira, nena… —era la única forma de tratarla—llevo un revólver calibre 38. ¡Pum, pum! Te salto la cerradura con un par de balazos y me quedo tan tranquilo. Palabra que no me importa hacer ruido. De veras que es muchísimo mejor que abras de buen grado.

¿Qué… le doy al gatillo?

Y conste que no era una baladronada. Troy estaba muy dispuesto a meterle dos plomos en la cerradura aunque ello le costase la placa. ¡Dónde se había visto tan poca colaboración de la propia hermana de un asesinado! Ella, por lo visto, comprendió que la cosa iba en serio. Hasta quizá pensó… ¡Vete a saber lo que pensaban las mujeres como ella!

Abrió,

Colgaba un pitillo de la comisura de sus labios y tenía el *rouge* corrido.

Olía a coñac, coñac del caño gordo, que apestaba.

Y luego diría que era para ahogar las penas.

—¿Se va a quedar ahí, quieto, mirándome toda la tarde?

—No, desde luego. La pena es un sentimiento tan largo como inevitable.

—¡Yo no necesito la compasión de nadie! Bueno… ¿y ahora qué quieres?

—Hablar contigo largo y tendido.

Se recostó contra la jamba como no lo hubiera hecho mejor una cualquiera, negando con la cabeza.

Ahora no le pareció a Troy aquella mujer fría, huidiza al amor, que le había parecido antes.

—No puede ser. Lo siento.

—Ha de poder ser —insistió el del FBI.

—No.

—¿Y por qué no se larga a hablar con el demonio? —la pregunta, en tono desabrido, la hizo un tío con pinta de boxeador sonado que asomaba las narices por encima de los hombros de Martha. Estaba en mangas de camisa y en ridículos calzoncillos hasta la rodilla. En la zurda traía un vaso larguísimo medio lleno de whisky.

Ahora comprendía Troy el porqué: No.

—¿Por qué no se va a dormir la mona, Tarzán, y nos deja que

hablemos? —preguntó a su vez el federal para responder y ofender.

—¡Vuelve dentro, Elmer! —ordenó ella, imperiosa—. No más escándalos ya. Es de la bofia.

—¿Cómo que me vaya adentro...? —el tipo miró al *deshabillé* proporcionalmente transparente que ella llevaba y juzgó que no debía dejarla hablar, con aquella indumentaria, con ningún tipo, por más de la bofia que fuera. Añadió—: ¡Vas a ver cómo me lo saco de encima...!

—¡Elmer...!

De nada sirvió la autoridad que ella quiso imponer. Apartó a Martha de un manotazo y le echó a Troy el contenido del vaso a la cara.

Hubo de andar listo en un ágil escorzo el agente federal para evitar que el líquido le alcanzara de lleno en el rostro.

Sólo le salpicó la chaqueta.

A la salida del escorzo se encontró con Elmer lanzado.

Quería colocarle la zurda en mitad de la cara con vaso y todo.

Se agachó, intuitivamente, en una fracción de segundo, aplicándole la punta de los dedos sobre el hígado para, acto seguido, golpearle con el filo de la izquierda detrás de la oreja.

Se fue recto contra la pared y astilló en ella el vaso.

Pero estaba acostumbrado a encajar leña y asimilarla encima de un cuadrilátero.

Se revolvió.

Sin apenas recuperarse del trompazo giró sobre sí, se fue unos pasos adelante, hizo una finta en la que Troy picó como un principiante y acabó por largarle un trallazo en el centro del estómago.

El federal se arrugó como un acordeón. Aquello iba más en serio de lo que él había supuesto. Y aquel tipo acabaría por troncharle entre sus manazas.

Troy se lo vio venir en plancha cuando empezaba a recuperarse.

Tuvo que hacerse atrás velozmente para recibirlo rodilla en ristre.

Se astilló los maxilares con el soberbio trompazo que acababa de pegarse.

Pero seguía recuperándose con facilidad.

—Soltó maldiciones y ronquidos.

Se hizo atrás no obstante, despidiendo su peligrosa zurda sobre el rostro de Troy.

Aún ladeándose, el federal se vio alcanzado.

Dio un par de vueltas a su alrededor, prueba de la potencia de la pegada del otro, y acabó estrellándose contra las alfombradas baldosas del suelo.

Elmer gruñó un taco.

Un estertor seco, espasmódico, brotó de su garganta cuando iniciaba

el demoledor y definitivo salto.

La bestial embestida.

Troy giró en tierra, más por intuición que por otra cosa, escapando milagrosamente al aplastante plongeón.

Elmer se fue de bruces a tierra, como Troy antes, pero se incorporó igual que si sus articulaciones fuesen de caucho.

Hizo ademán de lanzarse de nuevo.

—¡Te voy a triturar, aguafiestas! —rugió.

—¡Basta ya, Elmer! —se desesperó ella, que seguía contemplando la golpiza desde el umbral de la puerta.

Elmer no le hubiera hecho caso ni a su madre.

Saltó adelante.

Troy, una vez más, se zafó a la embestida.

Él jugó bien las piernas amagando un derechazo al estómago.

Pero esta vez no picó el del FBI.

Todo lo contrario.

Lo aguardó fríamente a la salida del amago y cuando se abrió para cruzar el directo de zurda fintó ágilmente colándose por entre sus poderosos brazos para castigarle el hígado con un trallazo impresionante por segunda vez.

Y por tercera.

Y por cuarta.

Se lo machacó.

Hasta que se dobló.

Permitiendo que Troy le astillara las narices con un tremendo rodillazo.

Trató Elmer de recuperar el aire que se le escapaba de los pulmones, pero el federal no fue lo suficiente caritativo como para permitírselo.

Con la izquierda lo cazó en la nuca.

Fue un golpe seco y fulminante aplicado con saña.

El tipo se derrumbó de bruces, definitivamente, sobre la alfombra.

Troy se encaró con la impertérrita Martha.

—Yo no sé qué clase de mujer eres, pero hubieras podido evitar esto.

Por el cuello arrastró a Elmer al interior del piso dejándolo tendido en el pasillo.

Pasaron a la misma sala de antes.

Pero no era el mismo lugar confortable de antes.

Prendas por aquí, calcetines por allá, unos pantalones arrugados encima de la alfombra…

—¿Tan mal os llevabais con tu hermano?

—Bueno… es que Elmer es mi novio.

—Una de indios, gata. Pero tu vida privada me importa un comino.

El día en que fue asesinado James, compró un paquete importante de acciones en la Oil Petrol's & Trust Company. Es obvio que no las trajo a casa puesto que las hubiera encontrado la policía. ¿Qué supones que hizo con ellas?

Despótica, repuso:

—Pegarles fuego.

Troy, sin andarse por las ramas, le sacudió un par de bofetadas que empotraron a Martha dentro de la butaca.

—Procura responder correctamente, si no quieres que te lleve a un lugar donde te enseñarán a hablar.

Unas secas lágrimas brotaron de sus ojos haciendo que el *rimmel* se corriera.

—No sé… —sollozó—. A veces les enviaba las acciones a sus clientes por correo. —¿Certificado?

—Supongo que sí.

—¿Dónde guardaba James los resguardos?

—Espera…

Salió de la salita regresando al cabo de pocos instantes con un puñado de papeles en la diestra.

Los tendió a Troy.

—Es todo lo que había en su despacho.

El hombre del FBI revolvió aquel legajo de papeles hasta encontrar, casualmente, el resguardo de una imposición certificada en correos que llevaba la misma fecha del día en que James Easton fue asesinado.

Y se le ocurrió una pregunta:

—¿Tenía alguna peculiaridad tu hermano al escribir los sobres?

—¿Peculiaridad? Bueno… si se llama así al hecho de que los escribía todos en tinta roja. —Es suficiente —se puso en pie—. Espero no volver más a molestarte.

Martha largó un escupitajo sobre la alfombra.

* * *

Troy Donovan se dirigió al despacho que tenía habilitado en el edificio de la División del Federal Bureau of Investigaron de Nueva York.

Por uno de los pasillos se tropezó con el secretario de su jefe, Alan Crawford.

—¡Eh, Troy! ¿Cómo van esos preparativos?

—Bien, señor Crawford. Creo que saldré para Europa.

—¿Mucho tiempo?

—Lo ignoro.

—Bueno… creo que nos veremos antes, ¿eh?

Se metió en su despacho.

—Eso espero. Hasta luego, señor Crawford.

Releyendo el expediente que había empezado a componer su colega Chas Kessner y al que había contribuido su jefe Edward Carpenter con algunos detalles.

El dinero provenía de empresas a las que se forzaba a una bancarrota deliberada.

De ahí el numerario con el que se traficaba por los mercados internacionales.

¿Quién se encargaba de promover aquellos cracs financieros?

Debía existir un común y fantasma accionista.

¡Un chispazo de luz ardió en su cerebro!

Fueron dos en realidad.

Porque hasta entonces no había dado importancia al resguardo de la imposición hecha en correos por James Easton… ¡y la tenía, diablos!

Por el intercomunicador se puso al habla con Edward Carpenter.

—Soy Donovan, jefe.

—¿Qué hay muchacho? ¿Algo nuevo antes del viaje?

—Divagaciones. Pero necesito que ponga un agente a mis órdenes incondicionalmente. —Correcto. Te mandaré a tu amigo Norman Donelly.

Donelly debía contar unos veintisiete años de edad, era alto y larguirucho, pelirrojo, de cabellos crespos y rostro moteado por un sinfín de pecas. Pero sabía hacerse simpático. Además, en varias misiones, había demostrado su valía.

Entró jocosamente en el despacho de Donovan.

—¡Hola, inspector! ¡Estoy a tus órdenes!

—Ya veo que el jefe no disponía de un zángano más grande a quien mandarme. ¿Prestas atención?

—O.K.

Donovan le mostró un papel, diciendo:

—Este es el resguardo de un certificado que impuso un individuo llamado James Easton el mismo día en que fue asesinado. Se trata de una simple corazonada y puede que no nos conduzca a nada positivo… Pero quiero que sigas el rastro de esta imposición certificada hasta su destinatario. Por si te sirve de algo el sobre estaba escrito en tinta roja.

—¡Oh, sí! —se burló el otro—. Con letras de sangre cuyo viscoso rastro seguiré con mi lupa. ¿Algo más?

—Nada,

—¡Ah… no te desesperes inspector! Ten en cuenta que será una investigación laboriosa.

—Correcto.

Minutos después Troy Donovan pensó en que necesitaba una buena ducha y mejor cama donde acostarse y descansar.

Mañana sería otro día.

De aquél, no había sacado nada en claro.

Con esos pensamientos, Troy Donovan se encaminó hacia su apartamento.

CAPÍTULO VII
Primeros indicios

TROY Donovan a las nueve en punto de la mañana se plantó en Wall Street.

En la Stock Echange.

A aquellas tempranas horas de la madrugada la bolsa ya estaba atiborrada de ávidos compradores y vendedores.

Entró.

Dando un vistazo a su alrededor.

Acertó a distinguir a Gordon Lamont acodado en un pupitre y rodeado de individuos que lo acosaban.

Acercóse al pupitre.

—¡Gordon! —exclamó.

El aludido, entre tantos que le llamaban por el apellido y de señor, buscó al que lo interpelaba familiarmente.

—¡Eh, Troy! ¿Otra vez por acá? ¿Qué sucede?

—Es urgente —dijo el federal—. ¿Podemos hablar en una cabina privada?

—Por supuesto, polizonte.

Y Gordon se desentendió momentáneamente de todos sus posibles clientes.

Eligieron una cabina.

Ya dentro, preguntó el agente de banca y bolsa:

—¿Qué puedo hacer por ti, Donovan?

—Mira… —murmuró el federal—, no voy a engañarte. Estoy investigando un asunto que está ligado con la quiebra de varias empresas. Yo quisiera que tú averiguases si hay o existe un accionista común a todas ellas.

—Con gusto, Troy. Dime de qué empresas se trata,

—Toma nota. Imperial Realty Incorporated, International Sales Corp °, North Star Sand & Gravel Corporation, Peck Heating Komfort-Air Inc°, y por último la conocida Oil Petrol's & Trust Company. ¿Has tomado nota?

—Correcto.

—Oye… Gordon. ¿Qué opinión te merecía su colega Easton?

—¿Sinceramente?

—Sinceramente. De lo contrario, no te lo preguntaría.

—Un trápala. Acostumbraba… y hablo en pretérito porque ya me he enterado de que fue asesinado, a jugar sucio. Bazas fáciles. Especulaba con lo sencillo y rentable. Marrullero. Mala persona.

—Esa misma impresión he sacado yo a través de su hermana. Tal para cual, ¿sabes? Bueno, te dejo,

Gordon. Tú tienes trabajo. Cuando sepas algo llámame a la oficina o a mi apartamento.

—¡Eh…! Ten en cuenta que esto llevará varios días.

—Lo sé. No importa lo que tardes sino que consigas resultados. Gracias, Gordon.

Se estrecharon las manos.

Troy salió de la Stock Echange.

Había puesto en marcha su segunda corazonada.

La primera había sido la del resguardo de la imposición certificada en correos, tarea que le había impuesto a su compañero Norman Donelly.

Cogió un taxi.

* * *

Media hora después se encontraba en el Bronx.

Arrellanado en—una de las butacas que el teniente Alversen tenía en su viejo despacho del Precinto Policial del Bronx.

—¿Qué me dices? —interrogó el del FBI.

El otro se encogió de hombros.

—De entre las muchas fotos que se le han mostrado, Ettore Gallermi no ha sabido reconocer a los tipos que fueron con él a la floristería de Donnagio.

—Mal asunto.

—¡Y tan malo! Pero es muy posible que no estén dados de alta en el fichero.

—Apostaría a que son profesionales.

—Y yo —cabeceó el teniente—. Pero no vamos a pasarnos el día enseñándole fotos a Gallermi. El médico ya ha puesto mala cara porque lo molestábamos, a su entender, demasiado. ¡Con la poca compasión que yo tendría con esos tipos! ¡Y que aún te tengas que escuchar…! "No lo molesten excesivamente" "Ha perdido mucha sangre" ¡Toda tendrían que perderla! Así nos evitaríamos nosotros muchos problemas.

Troy sonrió ante la irascibilidad del de la Brigada de Homicidios.

Le preguntó:

—¿Qué hay sobre los familiares de Donnagio?

—Una sobrina.

—¿Qué tal?

—Parece muy buena chica. No estaba al corriente de los sucios manejos que debía llevarse entre manos su tío.

—¿Nombre?

—Gina Donnagio.

—¿Señas?

—Boulevard East, 974. Eso cae en Nueva Jersey. Entra dentro de la jurisdicción del FBI, pero no de la mía. ¡Lástima que Donaggio no hubiese tenido la floristería allí!

—Calma, gruñón.

—¿Calma?

Troy se puso en pie.

—Nos veremos, viejo.

—¡Oye…! ¡A mí no me llamas viejo!

—O.K., joven.

Y con una risita burlona salló del Precinto del Bronx.

* * *

Nueva Jersey se alza en los márgenes de la otra orilla del Hudson River.

Y a pesar de hallarse separada de Nueva York por sólo unos minutos —como muy bien había dicho el teniente de la Brigada de Homicidios Harold Alversen, en su Precinto[3] del Bronx—, las autoridades neoyorquinas no tiene ámbito ni jurisdicción en Nueva Jersey.

—Además, pertenece a otro Estado.

El taxi lo dejó enfrente.

974.

Boulevard East.

Un bonito edificio, sí, señor.

Con título de rascacielos también.

El vestíbulo era un geométrico polígono rectangular, largo y estrecho, con paredes picadas en las que se habían grabado figuras incomprensibles y otras de demasiado comprensibles.

C'est la vie —que dicen los franceses.

También aquí había portero con cabina encristalada y tal.

Era un tipo con ojos de besugo pasado que devoraba prácticamente las piernas de una chica que las lucía con generosidad en un, a todo color, *París-Match. Y* devoraba a otras que lucían algo más que las piernas.

Las mujeres a la hora de lucir, ya no saben lo que lucir… ¡pero que

luzcan! —que decía aquél.

El portero quiso demostrar que lo habían puesto allí para algo más que devorar famélicamente las piernas de las chicas del *París-Match.*

—¡Eh, jefe, un momentito! ¿Adónde va?

Troy acercó su contextura privilegiada a la cabina de cristales.

Por el hueco que servía de ventanilla metió su carnet y su placa de identidad.

—Policía federal.

Eso eran palabras mayores para el portero.

—¡Ah…! —exclamó—, ¿Puedo serle de utilidad en algo?

—¿Apartamento de la señorita Donnagio?

—¡Sí, señor! 21 H.

—Gracias.

—No se merecen, no se merecen…

Troy se metió en el elevador.

Este ascendió con una rapidez meteórica dejándolo en la planta 21.

Pasillos estrechos y perfumados.

En cada recodo había una consola con su correspondiente jarrito de flores.

¡Hay gente que cuida el detalle!

Puerta H.

Llamando, que como liquidando… es gerundio.

Un vivo taconeo.

La puerta entreabierta.

—¿Qué desea?

—¿La señorita Gina Donnagio?

—Yo mismo.

Mostró su placa.

—Soy el inspector Troy Donovan del FBI.

La puerta abierta de par en par.

—Pase. Está en su casa.

La siguió hasta el vestíbulo.

Troy se percató, como entendido que era, de la calidad de aquella muchachita vestida de negro. Todo en ella era pureza y bella armonía. Sus ojos estaban matizados por el brillo cándido de la sinceridad.

Tan verdes.

Tan magnífica toda ella.

Era la mujer ideal para un hombre que pensase en casarse y formar un hogar.

¿Había pensado él, alguna vez, en ello?

No.

Él se había casado con su profesión. Y ésta no le ofrecía un hogar… sino una calle desierta e inhóspita donde jugarse la vida un momento tras otro.

¿De nuevo con las nostalgias?

¡Bah!

—Siéntese, por favor.

La miró fijamente.

Luego a la butaquita tapizada en *skai* arlequinado en azul y blanco que quedaba separada de su pareja por una mesita ratona con superficie de poliéster negra, dibujando muy tenuemente unas rayas blancas.

A su derecha quedaba el mueble-librería.

A su izquierda, ocupando uno de los ángulos, en forma de media luna, el mueble-bar con barra.

Ella, antes de sentarse, inquirió:

—¿Algo de beber, señor Donovan?

—No. Gracias.

Se sentó.

Tirando recatadamente del borde de la faldita plisada en color negro.

—Usted dirá, señor Donovan…

—Llámeme Troy. Se lo ruego. Así las cosas parecerán más fáciles.

—Si usted lo desea… Troy. ¿En qué puedo serle útil al FBI?

El federal se removió en el fondo de la butaca.

—Verá, Gina… —balbuceó, sin saber exactamente como entrar en materia—, aunque sea hurgar en la llaga, se trata de su tío Angelo.

Se llevó una manita a la garganta.

—¡Oh…! ¿Hizo algo malo?

—Algo… sí.

—¿Puede saberlo?

—Desde luego. A eso he venido. Parece ser… que su tío, aprovechando los viajes que hacía a Europa por cuenta de la Kraven & C ° Chemicals, aprovechaba para cumplir los encargos de cierta pandilla de desaprensivos llevando contrabando de divisas.

—¡Dios Santo! —ahora se llevó ambas manos al rostro nacarino y delicioso—. ¡Ya comprendo entonces el por qué…!

Interrumpióse como sobresaltada.

Y Troy se alarmó. Preguntando:

—¿Qué es lo que comprende, Gina?

—Pues, verá… la Kraven & Co° Chemicals, como pequeña compensación, me ha ofrecido la plaza que ocupaba mi tío antes de comprarse la floristería. Ayer, vinieron dos individuos…

Troy no pudo contenerse. Saltó:

—¿Conminándola a que aceptara esa plaza?

—Sí. Pero…

—Siga, siga. Explíquese. La escucho con atención.

Gina narró la entrevista que había sostenido con Cara de Perro y su compañero.

Troy Donovan estaba sobre ascuas. ¡Eran los primeros indicios concretos sobre aquel caso!

Cuando ella hubo concluido, inquirió:

—¿Dijeron sus nombres?

—Sí… el más gordo y fuerte, ese que tiene cara… —se sonrió— de bulldog, dijo llamarse Glen Bannion. Del otro no me acuerdo.

Troy comprendió que la descripción dado por Gina concordaba con la que hiciera Ettore Gallermi de quienes le acompañaran a liquidar a Donnagio.

Dijo el del FBI.

—¿Tendría inconveniente en acompañarme a los ficheros de nuestra división? Quizá pueda reconocerlos y eso será de gran y valiosa ayuda…

Ella, con sus dientecillos al descubierto merced a una tenue sonrisa, dijo:

—En absoluto. ¿Permite que me cambie?

—¿Cómo no, Gina?

Se perdió ella, taconeando vivamente, por una de las puertecillas que daban al vestíbulo.

¡Qué mujercita más agradable! —pensó Troy.

Y no era de las que hacían esperar para maquillarse y hacerse la *toilette*, porque aún no habían transcurrido cinco minutos, cuando salió diciendo:

—¿Nos vamos?

—Cuando usted quiera, Gina,

Salieron.

Ella cerró con llave el apartamento.

* * *

Iban rumbo al despacho de Troy cuando por el pasillo se tropezaron al secretario y hombre de confianza de Edward Carpenter.

—¡Donovan! —llamó.

—¡Eh…, señor Crawford!

—Perdón. No me he percatado de que iba acompañado.

—Es la señorita Gina Donnagio. Señorita, el secretario y segundo jefe de la División del FBI en Nueva York, señor Alan Crawford. ¿Se le ofrecía algo, señor?

Primero Crawford besó la mano de Gina. Luego:

—¿Podría dedicarme unos minutos?

—Sí, por supuesto. ¿Me permite que acomode a la señorita?

—¡No faltaría más!

Troy hizo pasar a Gina a su despacho.

—Sólo tardaré unos minutos —le dijo.

Ella sonrió.

—No se preocupe. Me hago cargo de que es usted un hombre muy ocupado.

Luego Troy se fue con Crawford al despacho de Carpenter.

Este último no estaba.

—El jefe ha tenido que salir urgentemente para Washington —dijo Alan Crawford—, Donovan. Me ha dicho que me encargara de todo. Quiero saber cómo van sus investigaciones antes de que parta para Europa.

—Pues… me atrevería a decir que tengo los primeros indicios.

—¡Lo celebro! El caso que a usted le hemos asignado es el que más nos preocupa actualmente.

—¿Me deja que le explique, señor?

—Naturalmente.

Troy Donovan hizo una exposición detallada y minuciosa del punto hasta el que habían llegado sus investigaciones.

—¡Perfecto! —aplaudió Crawford. Agregando—. Si descubre al accionista vinculado a las empresas que se han hecho quebrar deliberadamente y a la persona a quien Easton dirigió el paquete por imposición certificada… ¡caso resuelto!

—Exacto.

—Incluso podría evitarse el viaje a Europa.

—¡Ojalá!

—¡Vaya! Es al primer agente que le oigo rechazar un viajecito.

—Es que usted se olvida de que ya soy inspector. Bien ha dicho que los viajecitos son para los agentes. Además… hoy he descubierto algo…

Alan Crawford, dando pruebas de una gran sagacidad, inquirió:

—¿La muchacha de negro?

—Puede que usted acierte.

—¡Pues vaya con ella!

Troy se reintegró a su despacho.

Gina volvió a sonreírle encantadoramente al verle entrar.

—¿Le importa acompañarme al cuarto de los ficheros? —preguntó él.

—En absoluto.

Y juntos en el montacargas, descendieron hasta los sótanos del edificio de la División del Federal Bureau of Investigation en Nueva York.

En él, y ocupando una vasta nave, se hallaba la sala de archivo.

CAPÍTULO VIII
Seguimos… liquidando

GLEN Bannion, ¡ya me he cansado de repetirlo a través de las páginas de este relato!, tenía cara de perro.

De bulldog concretamente.

Pero además era una mole de tío con cinco pies y pico de altura.

La envergadura física estaba de acuerdo con su estatura.

Todo lo que tenía de grande lo tenía de bestia.

Era burro, obtuso, animal, asesino, *killer* profesional.

En otra época, cerca de quince años atrás, había subido al cuadrilátero con ánimos de ser algo. Y había sido el ídolo de cuatro imbéciles de su barrio.

Le habían chafado la nariz y la cara más de cuatro veces.

Le llamaban el Ciclón del Queens.

De todas formas, los puños del Ciclón del Queens, puestos al servicio de Pat O'Nelly, servían para algo.

Trituraba narices si O'Nelly se lo mandaba.

Partía clavículas si O'Nelly se lo mandaba.

Saltaba maxilares si O'Nelly se lo mandaba.

En una palabra, servía fielmente a O'Nelly.

Glen era ahora uno de los matones, y no de boquilla, de la organización de Pat O'Nelly. Pat O'Nelly tenía ascendentes irlandeses e italianos que siempre habían ido liados a tiroteos cuando lo de la' absurda Prohibición.

Claro que ellos no necesitaban de motivos absurdos para liarse a tiros en mitad de la calle.

Pat O'Nelly lo llevaba en la sangre.

Era como un cáncer hereditario… ¡lagarto, lagarto!

O'Nelly tenía la organización mejor montada de gatilleros de todo Nueva York. Nuevecitos de trinca, ninguno fichado. La policía no los conocía. Y en eso se basaba el éxito de los trabajos que le encomendaban a O'Nelly.

Solía tener clientes fijos.

Y un *slogan* más popular que el de la Coca-Cola: Liquidando… que es gerundio.

Pat estaba aquella mañana metido en el despacho que tenía en su tugurio del Harlem, cuando le llamaron por teléfono.

—O'Nelly al habla. ¿Quién es?

—…

—¡Ah, correcto! ¡A sus órdenes! ¿Qué hay que hacer ahora?

—…

—¡Qué…! ¿Un federal? ¿Pero es que quiere que me eche todo el FBI encima?

—…

—¡De acuerdo, de acuerdo! Usted paga muy bien. Pero…

—…

—¿El doble? ¡Correcto! Déme nombres.

—…

—De acuerdo. Antes de este mediodía lo han liquidado.

—…

—*Okay*, sin rastros. Mis hombres nunca dejan huellas. Usted ya lo sabe.

—…

—Sí, sí, de acuerdo.

Colgó.

Y le dio un morrocotudo zapatazo a la mesa.

Se abrió la mesa y asomó un tío.

—¿Ocurre algo, patrón?

—Que vengan Bannion y Leigh. ¡Pero rápido! ¡Despabila!

—¡Enseguida!

Cinco minutos después Glen Bannion y Clark Leigh estaban en el despacho del jefe. —Muy pronto empezamos la tarea hoy —dijo Cara de Perro.

—O.K. La gente paga y hay que trabajar. A vosotros os reservo para los selectos. Seguimos trabajando para el de últimamente.

—¿Qué hay que hacer ahora?

—Liquidar a dos tipos.

Dio instrucciones.

Cara de Perro dijo:

—¡Pero un federal…!

—Haz lo que se te manda y ahórrate los comentarios —habló el *boss*, muy al estilo 1930, cruzando las patas por encima de la mesa. Y viendo que los otros no se morían, agregó—: ¡Largo! ¡Andando! Podéis usar el "Chevrolet" negro.

—O.K., jefe —rezongó Cara de Perro.

Y salió seguido de su sombra Clark Leigh.

Eran asesinos inseparables.

Una vez hubieron salido del despacho o pocilga, según se mire, sonó de nuevo el teléfono.

—O'Nelly al habla. ¿Quién se comunica?

—…

—¡Ah!, es usted otra vez. ¿Qué sucede?

—…

—¡Cómo! ¿Qué haga liquidar a mis propios hombres?

—…

—¿Qué? ¿Qué Clark y Glen pueden conducir hasta, usted por mediación mía? ¡Pero eso es imposible! ¡Ellos no están fichados!

—…

—Sí, ya entiendo: Usted dice que el agente del FBI les seguirá la pista a través de la chica, ¡Pero…!

—…

—¿Cómo? ¡Veinticinco mil! Eso es muy fuerte.

—…

—¿Cómo? ¿Qué haga yo el trabajo personalmente?

—…

—Correcto. Pero serán treinta mil.

—…

—Sí, sí, hoy mismo queda todo solucionado. Una vez liquidados ellos nadie podrá llegar hasta usted. Esté tranquilo.

—…

—¡De acuerdo, de acuerdo! Le llamaré para confirmárselo. *¡Good-bye!*

O'Nelly sacó del cajón una automática de grueso calibre y se la metió en la funda axilar.

—¡Qué tenga que darle yo al gatillo después de tanto tiempo! —rezongó—. ¿Para qué me sirve ser el *boss* del *gang*?

Y salió de la pocilga o despacho, siempre según se mirase, de muy mal humor.

* * *

Lloviznaba sobre Manhattan.

Manhattan, que contenía el corazón de Nueva York., Aunque sería una impropiedad asegurar que Manhattan es Nueva York. Es una parte tan sólo. Y está dividido en tres grandes secciones.

La parte baja o Lower Manhattan.

La parte central o Midtown.

La parte alta o Uper Manhattan.

Desde la primera se observa que la isla de Nueva York en lo que a

Manhattan se refiere, está delimitada en la parte derecha por el río East, al norte por el río Harlem, y a la izquierda por el Hudson que, en su parte inferior, es conocido por North River.

En la parte baja de la isla tres enormes puentes unen Manhattan con el Brooklyn, aparte de los numerosos túneles por donde circulan las líneas subterráneas o *subway*. En el otro lado, el enorme puente de George Washington, une Manhattan con Nueva Jersey, amén no obstante de las líneas subterráneas.

En la parte baja o Lower Manhattan hay un laberinto de calles con diversidad de nombres, pero desde la altura del tercer puente sobre el East, o sea el Williamsburg Bridge, la disposición de las calles quedaba enormemente simplificada. Desde allí, trazadas a cordel, a regla y escuadra para ser más finos, parten las grandes avenidas en sentido Norte-Sur, cruzadas por las calles que atraviesan Manhattan de Este a Oeste.

No, no, no es que haya aprovechado el momento para colocar el rollo demostrando que conozco bien Nueva York... se trata que a partir de la palabra o mejor dicho, de frase, "lloviznaba sobre Manhatthan", he querido ir a situar con la mayor exactitud posible el coche negro marca "Chevrolet" que Clark Leigh conducía hábilmente.

Ahora estaba estacionado.

De ahí que haya querido situarlo en esa zona de calles bien definidas y trazadas.

Se hallaba exactamente en el punto donde convergían Wall Street y Nassau Street. En pleno distrito financiero. Donde se alzaba Un noble edificio que contrastaba con las moles graníticas que lo rodeaban. Este era relativamente bajo, sólido y de estilo clásico. Ante las gruesas columnas helénicas de su fachada principal podía verse una magnífica estatua de bronce representando a George Washington, en cuyo basamento una lápida rezaba así:

> "EN ESTE MISMO LUGAR, EL DIA 30 DEL MES DE ABRIL DE 1789, GEORGE WASHINGTON, JURO COMO PRIMER PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS".

Eso impresionaba.

Aunque no desde luego a los tipos como Clark Leigh y su compañero Cara de Perro.

En aquella calle, Wall Street quiere decirse, había todos los edificios financieros importantes: Banca Morgan, National City Bank, Bank of the Manhattan Company, Irving Trust Company, Clearing House (Cámara de Compensación Bancaria), Banco de la Reserva Federal... y en el mismo

edificio de la Banca Morgan la Stock Echange (Bolsa).

Y ahí, era dónde tenían puestos los ojos Cara de Perro y su colega, la pareja de *Killers* del *boss* Pat O'Nelly.

Exigía pero pagaba bien el tal O'Nelly.

Lloviznaba.

A la hora de siempre se cerraron las actividades en el edificio de la bolsa.

Empezaron a salir individuos con portafolios.

—¡Eh, Clark! Según la descripción es aquel. ¡Pisa!

Arreció el aguacero.

Cada cual trató de protegerse contra el diluvio como pudo.

Sucedió entonces.

De entre la lluvia, densa y persistente, surgió la forma oscura de un automóvil "Chevrolet" de potente motor. Rugió éste, al acelerarse las ruedas vertiginosamente hacia el edificio de la bolsa, en el cual, más de uno buscaba amparo bajo sus columnatas que sostenían la marquesina en ángulo obtuso a la inversa.

El hombre de la valija que habíase atrevido a desafiar la lluvia, porque tenía un encargo urgente que cumplir, algo sorprendente de decir que le había llevado muchos, menos tiempo de averiguar que el que él había supuesto, giró la cabeza, mostrando en el rostro una expresión preocupada.

Como si presintiera algo.

Pero en realidad no le dieron tiempo a que confirmara el presentimiento de una forma tangible.

En una de las ventanillas del potente "Chevrolet" color negro, se había bajado silenciosamente el vidrio. Por el hueco cuadrangular, asomó algo. Que tenía una forma siniestramente cilíndrica, larga y metálica, sobre cuya pavonada superficie cayó una rociada de gotas de agua.

—¡Acelera, Clark! ¡El fulano ya es mío!

Aceleró.

Y de súbito, aquel algo cilíndrico, comenzó a lanzar salivazos rojos, llameantes estruendosos, que tenían cierta similitud con una tos espasmódica, rotunda. Al mismo tiempo que escupía aquellos letales salivazos, describía un giro en sentido horizontal, totalmente semicircular.

La ráfaga crepitante de la metralleta lo barrió todo: el hombre de la valija negra empezó a doblarse, cuando ya el muchacho que vendía los periódicos chillaba como un poseso, soltando un puñado de recién recibidos ejemplares del *New York Times*, que revolotearon copiosamente bajo la lluvia hasta aterrizar en los charcos que se habían formado, junto con una rociada de sangre, escapando a raudales, a

borbotones, de las heridas que acribillaban al hombre de la valija negra, y al propio vendedor de diarios, muchacho inocente que había sido víctima de una orden inescrupulosa dictada por teléfono.

Gordon Lamont, que momentos antes sentíase satisfecho por la noticia que tenía que darle a su amigo Troy Donovan, no era ahora más que un montón de despojos de carne y hueso flotando sobre un viscoso y pegadizo charco de sangre.

—¡Acelera, acelera, maldito Clark! —bramó como una bestia Cara de Perro.

El "Chevrolet" se alejaba por la resbaladiza pista en que se había convertido el asfalto de Wall Street a una velocidad verdaderamente suicida.

* * *

Los tipos habían bajado del coche después de estacionarlo.

—¿No será esto un atrevimiento, Glen?

—¡Calla, estúpido! Donde menos pueden imaginarse que ventilemos a un agente federal es en las puertas del mismo edificio del FBI.

—¡Mira, Glen…! Por la esquina ha doblado un pelirrojo…

—¡Rápido! Sube al coche y ponlo en marcha.

Clark Leigh corrió al volante del "Chevrolet".

Mientras que Cara de Perro, con enorme sangre fría, se dirigía al encuentro del muchacho larguirucho y pelirrojo, de rostro moteado de pecas, que parecía encaminarse al edificio del Bureau of Investigation.

Lo detuvo.

—¡Oiga, perdóneme…! ¿Es usted el agente Norman Donelly?

Cabeceó el otro afirmativamente.

—Sí, yo mismo. ¿Se le ofrece algo?

—Me han entregado un sobre para usted.

—¿De qué se trata?

—No sé… —susurró Cara de Perro mientras introducía la diestra en el interior de la chaqueta buscando la culata de la automática que llevaba bajo la axila izquierda.

Donelly era un hombre que había pasado por la Academia de Justicia de Washington y la Academia de la Reserva Naval de Quantico, en dónde había sido adiestrado precisamente para saber desenvolverse en situaciones como aquella.

Para saber comprender… *cuando iban a matarlo.*

Lo supo.

Y no hizo más que pegarle un violento empujón a Cara de Perro que lo hizo trastabillar yéndose de espaldas contra una farola.

Aún así sacó la automática.

Pero Norman Donelly fue mucho más rápido en la extracción de su 38.

No era cuestión de darle el alto.

Apretó el gatillo tres veces consecutivas.

Cara de Perro pegó un brinco hacia la izquierda, rebotó de nuevo en la farola, se agarró desesperadamente a ella y sus brazos resbalaron por la columna del alumbrado dando por terminada la carrera criminal de un individuo puesto al servicio del asesinato. Donelly se acercó a él enfundando la pistola.

Donelly no contaba con el ocupante del negro "Chevrolet".

Clark Leigh, sacando unos milímetros el cañón de la metralleta, pudo apuntar con toda tranquilidad.

Le dio al gatillo y el cañón escupió un rafagazo.

Fue como si una bomba hubiera estallado en la cabeza del agente federal Norman Donelly… le quedó convertida en pedacitos de hueso y masa encefálica que llegaron a salpicar las paredes del mismo edificio del FBI Leigh, velozmente, puso el coche en marcha.

—¡Han disparado desde aquel vehículo! —gritó alguien.

Pero era tarde.

El larguirucho pelirrojo Norman Donelly estaba muerto.

CAPÍTULO IX
Borrando… casi la última pista

PAT O'Nelly, más o menos lo hemos insinuado antes, era un chorizo de órdago.

Tenía un tugurio en el Harlem desde donde dirigía todas sus actividades asesinas al margen de la ley.

Luego tenía un club nocturno con casa de juego en la Madison Avenue, y allí se vestía de etiqueta para hacer llamarse el señor O'Nelly.

Pero seguía siendo el mismo chorizo del Harlem.

Con las patas encima de la mesa escuchó la historia que le refería Clark Leigh.

¡Vaya! ¡Cara de perro la había palmado!

Eso simplificaba su trabajo. Y lo dijo en voz alta:

—Pues eso simplifica mi trabajo.

Leigh las hirsutas cejas.

—No le entiendo, jefe.

—Ni maldita la falta que te hace. Son cosas de negocios que me traigo con gente gorda. ¡Oye…! Esto, Clark, ¿tienes algo que hacer ahora?

—No… ¿Por qué?

—Tengo que hablar contigo. Fuera de aquí.

—¿De qué se trata?

—¡Narices! ¿No te digo que quiero hablar fuera de aquí?

—Bueno, yo…

—Es un asunto importante. Relacionado con la muerte de Bannion. ¡Anda, vamos al "Chevrolet"!

Clark dijo que sí pero no muy convencido.

¿Desde cuándo el jefe hacía los encargos fuera de su ratonera?

Aquello no era normal.

Un rafagazo de aire frío le recorrió el espinazo.

¿Y si se trataba de alguna jugada?

No.

O'Nelly era un *boss* legal.

De todas formas… apretó el brazo izquierdo contra el cuerpo

sintiendo el alivio y satisfacción que representaba el contacto de su enorme y pavonada "Parabellum".

Con él no se jugaba sucio.

¡Bah!

Era absurdo pensarlo tan siquiera.

Si Pat O'Nelly hubiese querido jugar sucio hubiera mandado a otro. ¿Para qué ir él en persona?

Subieron al "Chevrolet".

—¿Dónde vamos, jefe?

—Cruzaron el Harlem River por la 14th Street.

—¿Sigo luego por la 149 hacia el Bronx?

—Correcto.

Puso el vehículo en marcha.

Cruzaron las azuladas aguas del Hudson en aquel lugar que tomaba el nombre de Harlem River.

Clark pisaba fuerte.

A su lado Pat, jugueteaba con el guante izquierdo que no llevaba puesto.

Atravesaron el Bronx de punta a rabo sin que entre ambos cruzaran una sola palabra. —Tú dirás, ¿eh, Pat?

—Sí, hombre. Sigue, sigue.

Fueron a tropezarse otra vez con las orillas del río por su parte superior.

O'Nelly dijo:

—Tuerce a la derecha,

Tomó un camino vecinal y fue acercándose a orillas del Harlem River.

Se internó por un bosquecillo cuyo caminito se iniciaba al término del vecinal.

—¡Pero Pat…! —exclamó Leigh.

—Ya puedes detenerte, nervioso.

Pisó el freno.

—¿Y ahora?

—Baja —ordenó O'Nelly.

—¡Oye jefe! ¡Estoy viendo algo de raro en todo este asunto…!

Pat O'Nelly extrajo con suma habilidad el pistolón que llevaba bajo el sobaco.

—Más raro vas a verlo ahora —dijo el jefe con dura sonrisa. ¡Baja!

El otro engulló saliva con dificultad y no se decidió.

—Anda, chico, salta. Presto.

A Clark Leigh —que como todos los matones cuando veía llegar la hora difícil era cobarde—, le temblaban las piernas; y a duras penas

podían sostenerle.

Estaba nervioso.

De haber mantenido la serenidad y pensarlo unos instantes, hubiese descubierto la posibilidad de que podía defenderse.

Él también iba armado. Un empellón, sacaba su pistola…

Pero no.

Se agallinó como todos los de su ralea.

Estaba demasiado desmoralizado y aturdido para pensar.

—¡Pero…! ¿Por qué?

—¡Abajo, Clark! ¿O quieres que te liquide aquí mismo?

Saltó afuera trémulo como una hoja de árbol.

—¡Pat! ¡Siempre hemos sido amigos! ¡Nos conocemos hace tiempo! ¡Siempre he cumplido bien en los trabajos que me encomendabas! ¡Yo no tengo la culpa de que Bannion fallase esta mañana!

Hizo una pausa para caer de rodillas, suplicante, sobre el césped.

Y como último alegato en que fiar su defensa, exclamó:

—¡Yo he enmendado su fallo!

—Pero ya no enmendarás ninguno más, Clark.

Fue entonces cuando lo comprendió.

¡Su automática!

Tirarse en tierra, rodar huyendo a los disparos de O'Nelly, extraer su "Parabellum".

Era la única oportunidad.

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Porque tenía miedo.

Y seguía teniéndolo.

Por eso se movió con infinita torpeza.

Dando tiempo a que Pat O'Nelly adivinara sus movimientos uno por uno.

Y no le dejó hacer ni el primero.

Con sangre fría.

Con esa extraordinaria sangre fría que poseen quiénes vienen a este barrio destinados a ser asesinos.

Le metió el primer proyectil en el pecho lanzándolo violentamente hacia atrás.

El segundo se lo clavó en el estómago.

Aun herido, Clark Leigh corría hacia el agua para esconderse entre la arboleda y responder desde detrás de los setos al fuego mortal que se alojaba en su cuerpo.

Pat O'Nelly, meticulosamente criminal, apuntó cuidadoso hacia la cabeza.

Le saltó la tapa de los sesos de un balazo.

Leigh hizo una extraña cabriola, dio una vuelta sobre sí mismo, y fue a precipitarse hacia las aguas del Harlem River.

CAPÍTULO X
Se complica y oscurece el asunto

GINA no reconoció a ninguno de los dos individuos que habían visitado, de entre las muchas fotografías quería fueron mostradas.

Troy, recordando que Ettore Gallermi tampoco había podido reconocerlos, dijo:

—No deben estar fichados. De todas formas, gracias, Gina. La acompañaré a su casa.

Al salir del edificio del FBI cogieron un taxi que los trasladó a Nueva Jersey. Concretamente al 974 de Boulevard East.

Ya en el apartamento de Gina, dijo ella:

—¿No va a tomar nada?

Troy se encogió de hombros.

—Puesto que insiste, tomaré un whisky.

—Pase.

Entraron, caminando hacia la salita.

Ella, en dos vasos largos y estrechos, sirvió una generosa ración de ambarino contenido.

Tendió un vaso a Troy.

Cuando hubieron bebido con delectación, habló el hombre del FBI:

—¿Sería mucho pedirle que colaborara con nosotros?

Ella le miró con sus verdosas pupilas a ras de cristal.

—En absoluto, Troy. Máxime si ello sirve para descubrir a los asesinos de tío Angelo. ¿Qué debo hacer?

—Aceptar el empleo que le ofrece la Kraven & C° Chemicals.

—¿Y luego?

—Cuando vuelvan a presentarse esos dos individuos les dice que está de acuerdo con su propuesta pero… insiste en que le traigan el alijo un día antes. Procure saber la fecha, Entonces yo estaré aquí para detenerlos.

—De acuerdo.

Acabó de beber el federal y poniéndose en pie, inquirió:

—¿Puedo pedirle que colabore particularmente conmigo?

Arqueó ella sus finísimas y delicadas cejas.

—No comprendo.
—La estoy incitando a tomar unas copas esta noche.
—No sé si es prudente…
—En sus labios está el sí…, o el no.
Sonrió graciosamente.
—De acuerdo. ¿A qué hora estoy preparada?
—¿Le parece bien a las diez de la noche?
—Me parece perfecto, Troy.
—¿Hasta las diez, entonces?
—Hasta las diez.
Se estrecharon las manos.
Troy, al salir del edificio, se trasladó al Precinto del Bronx donde asentaba sus reales su amigo el teniente Alversen por saber si había algo nuevo con respecto a Gallermi.
Nada.
Regresó al edificio del FBI.
Justo en el momento que la ambulancia se llevaba el cadáver de su compañero Donelly. Fue informado por el propio Alan Crawford de lo sucedido.
—¡Maldita sea! —masculló apretando los puños—, ¡Ha sido mi culpa! ¡Le ha costado la vida!
—Tranquilícese, Troy, tranquilícese. Sólo tiene la culpa el asqueroso asesino que lo ha baleado.
Troy paseó por su despacho como una fiera enjaulada.
—El asunto se oscurece y se complica.
—Pero demuestra que usted estaba en lo cierto al seguir esa pista. ¿Por qué han matado a Donelly si no?
—¡No me lo recuerde! Esto… perdóneme señor Crawford. Estoy nervioso.
—Le dejo, Troy. Comprendo que necesita estar usted a solas para recapacitar.
Y salió del despacho.
Troy Donovan se sentó a la mesa.
Dejó caer la cabeza entre las manos apoyando ambos codos en la superficie metálica. Entonces sonó el teléfono.
Descolgó el auricular.
—Donovan al habla. ¿Quién es?
—…
—¡Cómo! ¿A la salida de la Stock Echange?
—…
—Sí, entiendo. Le dispararon desde un automóvil. Bien, gracias.
Colgó.

Más abatido que antes.

Le habían comunicado el asesinato de Gordon Lamont.

Aquellos dos crímenes que complicaban el asunto, como le había dicho Crawford, demostraban al mismo tiempo que estaba acertado en las pistas que seguía.

Meditó.

Y sus pensamientos fueron interrumpidos por alguien que llamó a la puerta.

—¡Adelante!

Entró un muchacho joven en mangas de camisa y la pistolera al descubierto.

—Hola, Troy. El segundo jefe me ha dicho que te enseñe esto… —le mostraba una cartulina brillante—. Es la foto que hemos sacado del pájaro al que ha matado Donelly. —¿Puedes dármela?

—¡Por supuesto! Precisamente hemos sacado una copia más para ti.

—Gracias.

Y salió junto con el otro del despacho.

* * *

1.276.

Fulton Avenue.

Bronx Hospital.

Caminó por aquella encrucijada de pasillos tan pulcramente matizados en blanco.

El doctor Rodney Osborn le recibió con su característica amabilidad.

—Sí, sí, puede hablar con él cuanto tiempo guste.

Una enfermera lo acompañó hacia el cuarto en cuya puerta seguían montando guardia dos policías.

Gallermi, afeitado y con un color más rojizo en las mejillas, ofrecía mejor aspecto.

—Hola, Ettore.

—¡Hombre! —exclamó burlonamente el enfermo—Está aquí el chico listo. ¿Qué desea?

Troy le miró, unos segundos, en silencio.

—Te molestaré poco, Gallermi. Pero te ruego que medites antes de responder… —sacó la fotografía y se la puso bajo la chata nariz—, ¿es este uno de los tipos que fue contigo a la floristería de Donnagio?

—¡Sopla! —exclamó el herido—. ¡Ya lo creo que sí! ¡El de la cara de perro! No lo olvidaría aunque pasaran diez años.

—Es todo, Gallermi, gracias.

Y salió de la habitación secamente.

Con el amargo resabio en el paladar de que dos hombres habían muerto por su culpa.

* * *

974.

Boulevard East.

Nueva Jersey.

Un bonito edificio de línea estilizada con título de rascacielos.

Gina iba a sorprenderse de verle tan pronto.

El portero levantó los ojos del *Paris-Match* pero nada dijo al reconocerlo.

Era un buen fisonomista.

Troy se colocó en el elevador.

Hasta la planta 21.

Puerta H.

Llamó.

Y hasta sus oídos llegó a través de la madera el vivo taconeo de la mujer.

Abrióse la puerta.

—¡Usted!

—Lamento importunarla de nuevo, Gina. Pero… necesito su colaboración.

—Está bien. Pero pase. No se quede ahí en la puerta. La siguió hasta el *living* y se acomodaron en un par de butaquitas gemelas.

—¿De qué se trata? —inquirió ella.

Troy le mostró la fotografía,

—¿Reconoce a este individuo?

Los maravillosos ojos verdes de la muchacha se posaron con detenimiento en el retrato.

Exclamó:

—¡Sí! ¡Claro que sí! Es uno de los dos que vino a verme. Es Glen Bannion… el que le dije que tenía cara de bulldog.

—Ha muerto. Y su compañero ha asesinado a un agente federal.

—Lo siento, Troy.

—Bueno… —se puso él en pie—, ya la he molestado suficiente. La invitación sigue en pie, ¿eh?

—De acuerdo. Hasta la noche pues.

Salió del apartamento.

* * *

Se plantó en el despacho de Harold Alversen metiéndole la fotografía debajo de las narices.

—¿Qué sabes de este tipo?

—Nada. ¿Y tú de éste? —Alversen le mostraba la fotografía de otro, bastante desfigurado. Y viendo que Troy hacía un gesto negativo, agregó —: Ettore Gallermi acaba de identificarlo como uno de los que fueron con él. ¡Sí, sí, ya me ha dicho que tú habías ido con la foto del otro! Pero es inútil, ninguno de los dos estaba fichado.

Troy se pellizcó la barbilla.

—¿Quién podría informarnos sobre ellos?

—Quizá Viaderk.

—¿Quien es Viaderk? —inquirió el hombre del FBI.

Alversen removió sus macilencias en el fondo del asiento.

—Curtis Viaderk es un soplón que hace su vida por el Harlem. Está enterado de todo… hasta de lo que ha de pasar, pero no suelta una palabra si no ve billetes. Le gusta el whisky caro. Puedes encontrarlo en el *dancing* Height. Eso cae en el veinti… sí, en el veinticuatro de la 101th Street.

—¿Te importa dejarme la foto, Harold?

—No… Siempre que me la devuelvas.

—Correcto.

—¡Buena suerte, federal!

Salió del despacho donde se arrellanaba el rechoncho Alversen.

CAPÍTULO XI
Caros… pero buenos informes

HARLEM.

Un barrio harto conocido.

Todos hablan y han hablado de Harlem.

Perfectamente definido.

Entre las calles 98, 102, Riverside Drive y Harlem River.

Es el único lugar en donde dejan vivir a los negros tranquilos.

Viven marranamente.

Lo mismo que los blancos que tienen su residencia en aquel apestoso barrio.

Golfos.

Mangantes.

Individuos que de una forma u otra han tenido que ver con la ley; algunos que están buscados por ésta.

Los chiquillos juegan por la calle al béisbol y mingen allá donde les viene en gana.

Por eso las esquinas huelen a orín.

No es para ponerse nostálgico, no.

¡Es para ponerse hecho un asco!

Sobre todo si no miras donde pisas.

Las busconas están retrepadas en las farolas o escondidas en los huecos de los portales.

Silban a un hombre cuando pasa y se levantan la falda.

Algunas van medio desnudas.

¡Basura!

Se ven tipos jugando a los dados en mitad de la calle, otros vendiendo cuadros, el resto dicen que tiene plumas estilográficas a relojes a buen precio.

Troy Donovan, mientras caminaba por aquel laberinto de sucias y malolientes callejuelas, angostas y empinadas, se dijo que aquello era deprimente.

Casas de ladrillos rojos, de dos o tres pisos a lo sumo.

Cafetines y *dancings* en abundancia.

Dobló un recodo en el que un niño bastante crecido estaba haciendo lo que los perros en los árboles.

A no ser por los muchos problemas que ocupaban su mente le hubiera pegado un cogotazo.

101th Street.

Avanzó unos pasos.

24.

Height.

Una especie de túnel conducía a lo que era la sala en donde habían media docena de impúdicas mujerzuelas mostrando los marchitos encantos que ponían a precio.

Algunos tipos bebían en mesas.

Otros lo hacían en la barra.

Tray se fue de cara al mostrador.

—¿Qué le sirvo? —preguntó un *barman* que llegaba melenas casi hasta media espalda.

—¿Para Viaderk por aquí?

El melenudo extendió el índice de la diestra sobre una mesa a la que se veía un tipo solitario.

—Es aquél.

—Bien. Entonces… deme una botella de buen whisky.

—¿Ancestor… Gold Label?

—Una cualquiera. No importa.

Le tendió una botella de Ancestor.

—Son tres dólares veinte.

Pagó.

Largándose recto a la mesa que le había indicado. Tomó asiento dejando la botella en lugar bien visible.

—Hola, Viaderk.

El aludido era un tipo de una cincuentena de años, bajo, con pinta de anémico, barbudo, con las mejillas muy hundidas y pegadas a la piel y los pómulos puntiagudos y salientes.

Llevaba un raído gabán y una boina.

Miró de soslayo al apuesto federal.

—¿Quién eres tú?

—Uno que paga y bebe bien, si eso te vale.

—Es algo. ¿Qué buscas?

Troy Donovan le mostró las dos fotografías.

—Ambos son delincuentes —dijo—, pero no estaban fichados. Quiero saber para quién trabajaban.

—Y yo prefiero comer poco y digerir bien. Lárgate con tu buen

whisky. No me gustan esta clase de asuntos,

—No seas tonto, Viaderk. Si es un asunto difícil ponle precio.

Meditativo se frotó la crecida barba.

—¿Soltarías quinientos?

—Como éstos —dijo Troy, metiendo la mano en el bolsillo y sacando cinco billetes.

Curtis Viaderk se encargó de hacerlos desaparecer.

—Por las fotos veo que están muertos —habló—. Por lo tanto… eran, Glen Bannion —señaló uno—y Clark Leigh —señaló al otro—. Trabajaban en el *gang* de Pat O'Nelly. ¡Ojo con él! Nadie le ha probado nunca nada. Sus hombres son todos blancos… quiero decir que no están fichados. No vacila en eliminarlos sin compasión si pueden representar algún riesgo. Tiene un *slogan* de todos conocido: liquidando… que es gerundio. O'Nelly es un hampón lo que se dice de guante blanco.

Hizo una pausa. Agregó:

—Posee un tugurio aquí en Harlem que es el punto de reunión de su gatilleros. Pero además, es dueño de un fastuoso club nocturno con sala de juego en la Madison Avenue. Allí es el señor O'Nelly.

—¿Cómo se llama ese club?

Viaderk se pellizcó la barbilla.

—Veo que tienes pasta. Pon cien más.

Los puso.

—Se llama Ruby Lowe. ¿Algo más?

—No, Viaderk. Me has salido caro pero productivo.

Troy Donovan salió del Height convencido así mismo de una cosa.

En lugar de seguir los caminos que había tratado de tomar por mediación de Gordon Lamont y Norman Donelly, seguiría el rastro de aquella pareja de gatilleros hasta llegar, si ello cabía en lo posible, a la cabeza de la red.

¡Tenía que caber!

Aunque sólo fuese por vengar a Donelly y Lamont.

CAPÍTULO XII
Por el buen camino…se reciben muchos golpes

POR la noche dejó de llover.

Y salieron las estrellas en el cielo.

Pero ninguna de ellas podía tan siquiera igualarse a la preciosa estrella que surgía por el rectangular vestíbulo del 974 de Boulevard East, en Nueva Jersey.

Era una estrella excepcional.

Con dos luceros verdes y preciosos en su carita de nácar, cuyo color blanquecino contrastaba ahora mucho más contra el fondo del sencillo traje negro.

El, la esperaba.

—Está usted maravillosa, Gina.

—¿Es un halago?

—¡Oh… no! Es una débil sinceridad.

—Y bien, ¿cómo van sus investigaciones?

—Ahora, esta noche, las proseguiremos juntos.

—¿Esta noche? —se arqueó ella las cejas en evidente sorpresa.

—Un hombre acompañado de una mujer tan bella como usted, ha de ser un hombre forzosamente enamorado. No un policía en plena tarea investigativa.

—¿Le serviré… digamos de encubridora?

—No —la atajó él—. Por favor, no diga eso. Sería tan sencillo para mí ser ese hombre forzosamente enamorado.

Ella, enrojeció visiblemente. Aún así, inquirió:

—¿Nunca ha estado forzosamente enamorado?

—Ni de buen grado tampoco. Pero me faltaba conocerla a usted para juzgar con objetividad.

—¡Por favor, Troy! Conseguirá usted que tenga las mejillas rojizas toda la noche.

—No importa. Es cuando usted está más preciosa.

—Troy…

—¿Qué? ¿No le gusta que la halaguen?

—Quizá temo que me guste demasiado. ¿Dónde vamos?

—A un club nocturno llamado Ruby Lowe.

—¡Pero… —protestó—, si no voy vestida para…!

—Usted va maravillosa con cualquier trapo la atajó él. Agregando—: Además, me parece que lleva un vestido excelente.

Le hizo señas a un taxi que circulaba río arriba.

Ya dentro, dio la dirección.

Transcurrió el camino en silencio.

Era como si ambos tuvieran miedo de decir una inconveniencia de la que luego tener que arrepentirse.

Media hora después, aproximadamente, dijo el taxista:

—Hemos llegado, pareja. Es un dólar cuarenta.

Troy le dio dos.

—Quédese con la vuelta.

—¡Gracias! ¡Y que se diviertan!

Un magnífico rótulo luminoso con parpadeos en neón azul y rojo anunciaba por la parte frontal y las laterales, al público, el magnífico Ruby Lowe.

Un encopetado portero se encargaba de abrir las puertas cristaleras, inclinarse, y decir:

—Buenas noches, señores.

En el vestíbulo, en la parte de la derecha, había un pequeño mostrador-bar para los sedientos que no pudieran esperar hasta llegar al interior del local. En el centro estaba el guardarropía atendido por una escandalosa pelirroja que gustaba de no abrocharse los dos primeros botones de la blusa y que se inclinaba con demasiada prodigalidad cuando le soltaban las propinas. Si veía un tipazo como Troy no hacía falta propina para que ella agachase la cabeza haciendo ver que buscaba algo por el suelo y dejando así que sus exhaustivas turgencias se desbocaran.

Troy no la prestó ni atención.

En la parte de la izquierda habían unos tupidos cortinajes de terciopelo rojo que se encargaba de apartar una preciosidad morena con maillot negro y traje de escena que lucía unas piernas fabulosas, de muerte.

Troy tenía una mujer al lado. ¿Me entienden?

Tras las cortinas se iniciaba un pasillo muellemente alfombrado que desembocaba a la sala general. En la derecha, un larguísimo mostrador corría frontero al mamparo que servía de frontispicio, y se veía muy concurrido. Había columnas de cristal que eran graciosos espejos policromos y que simulaban sostener el techo. Al fondo una treintena de veladores agrupados en amplio semicírculo alrededor de una pista que era un brillante y pulido encerado. En el centro de la pista comenzaba

una pequeña rampa ascendente que iba a morir al principio del escenario donde tenían lugar las actuaciones del *show* del local.

Bajo éste, a su izquierda, un corredor que comunicaba con la sala de juego.

A Troy, el pensar en el juego, le trajo a la memoria aquellos billetes con los que se comerciaba en los mercadas negros de Europa.

Aquellos billetes por los que habían muerto Gordon Lamont y Norman Donelly.

—¿Nos quedamos aquí? —preguntó ella, señalando un velador.

—Bien —dijo él.

Al instante se acercó el camarero.

—¿Qué les sirvo, señores?

Troy interrogó a Gina con la mirada.

—Un "Manhattan" —dijo ella,

—A mí tráigame un "Ginn-fizz" —pidió él.

Se miraron en silencio.

—¿No había venido nunca a un lugar como éste, Gina?

—La verdad… no. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Por la forma en que mira usted las cosas que tiene a su alrededor.

—Como buen policía, observador, ¿eh?

—Algo…

Llegó el camarero con los combinados.

Troy, cuando hubo paladeado un sorbo, mirando fijamente a Gina, le preguntó:

—¿La importa que la deje unos instantes sola? Quiero comprobar cierto detalle en la sala de juego —esto último era salirse por la tangente.

Pero ella demostró ser inteligente, al preguntar:

—¿Es el hombre del FBI el que va a comprobar ese detalle?

Troy, cazado, optó por sonreír.

Y fue sincero:

—Sí. ¿Me disculpa unos minutos?

—Creo que lo merece.

Troy Donovan cruzó la sala, bordeó la pista y por el corredor que se iniciaba a la izquierda del escenario, pasó a la sala de juego.

¡Qué cambio!

Aquello parecía arrancado de Las Vegas y trasplantado a Nueva York, lo mismo que ciertos cirujanos modernos y muy atrevidos se veían capaces de hacer con los corazones.

Es obvio que en aquella dependencia se estaba jugando.

Y no al golf precisamente.

Como en otros locales parecidos, apenas entrar allí, el mundo

exterior desaparecía, se esfumaba. No había ventanas al exterior, de modo que quien estaba allí jugando, si se lo tomaba en serio, podía encontrarse conque, al salir, no era de noche como había creído, sino de día.

Todo estaba dispuesto para que los visitantes jugasen. La sala de juego estaba y era el centro de todo.

Había que pasar por ella para ir a cualquier sitio, excepto si se entraba de la calle y se quedaba uno en la sala de variedades. Aunque, fuera como fuese, tarde o temprano, el más reacio de los visitantes, acababa jugando. Tenía que hacerlo. No podía evitarlo.

A un lado de la gran sala, ya se ha dicho que muy al estilo Las Vegas, estaban las *slot—machines* (máquinas tragaperras), funcionando sin cesar, con su característico sonido de palanca subiendo y bajando. En la tristemente famosa década del gansterismo 30-40, aquellas máquinas habían sido llamadas *one-arm bandit*, bandidos mancos, o de un solo brazo, debido a su palanca única. Había que echar una moneda, y si se tenía suerte, la máquina devolvía un puñado de ellas, que podían ser de un dólar o de medio… pero generalmente había mala, suerte y las máquinas, trucadas en su mayor parte, no devolvían ni cinco.

Había otros juegos.

Muchos juegos.

En realidad, juegos para todos los gustos.

Dados, poker, kino, ruleta, *black-jack, chemin de fer*, bingo… Sólo había que escoger el que más gustara y decidirse a arruinar a la banca si es que había eso que siempre faltaba: suerte.

El techo era de color lila y a él parecían ir a rebotar monótonas las voces de los *croupiers*, el sonido de las ruletas, el incesante ding-clack de las *slot-machines*. Pero nadie parecía darse cuenta ni nadie parecía ver a nadie.

Olor a juego.

Aquel techo de color violeta estaba lleno de luces pero no todas funcionaban. No. Porque algunas de ellas estaban apagadas. Eran en realidad miradores… incluso objetivos de televisión de circuito cerrado que en todo momento estaban llevando las imágenes de la sala de juego a la otra sala oculta donde se encontraban los guardianes prestos a intervenir.

Troy Donovan no se dejó deslumbrar por un mundo que ya conocía y que ya sabía lo que daba de sí.

Él iba a por el *boss* de aquel mundo ficticio. A por el amo para el cual habían trabajado Glen Bannion y Clark Leigh.

Vio la puerta al fondo, a la derecha.

Y el letrero: "Private".

Aquel era precisamente el camino.

Se fue hacia la puerta seguro que desde algún objetivo oculto alguien ya estaba interesándose por él.

Abrió una hoja.

Entró.

Cerró.

Le salió un tipo de cara.

Macilento y cuadrado.

—¿Adónde se va, hermano?

—Busco al boss.

El otro separó ligeramente las piernas. Aclarando:

—Aquí no hay *boss*, amigo. Aquí sólo está el señor O'Nelly propietario del local. Y el señor O'Nelly no está visible. Deberías haber leído un letrero que hay ahí afuera y dice, en letras gordas, "Private".

—Mi padre *no* pudo pagarme una buena escuela, ¿sabes? Apenas si sé firmar.

—Con qué gracioso, ¿eh?

—Y agente federal también —dijo exhibiendo su placa.

El otro no se inmutó.

—Esto es terreno vedado hasta para los federales, ¡lárgate!

—¿Por qué no me echas?

—¡La madre que…! ¡Ahora verás si tú te ríes de mí!

Había conseguido sacarlo de sus casillas que era lo importante.

El tipo embistió a ciegas.

Troy Donovan escorzó la bestial arremetida al tiempo que con una ágil finta le clavaba el puño derecho en el mentón. Con la zurda le cazó el hígado. Y por último cruzó un gancho de diestra que dio con el fulano contra la pared, y resbalando por ésta, al suelo.

—¡Arriba las zarpas!

Este le había salido por detrás.

El hombre del FBI obedeció, alzando ambos brazos.

Sintió los pasos del otro y notó su zurda empezando a cachearle.

Esperó el momento oportuno.

Para bajar la diestra velozmente, atraparle la muñeca, aplicarle una doble y dolorosa torsión a izquierda y derecha y viceversa, para voltearlo finalmente por encima de su cabeza.

La pistola fue a parar a un extremo del pasillo y el tipo al otro.

Troy pegó un brinco sacando su automática.

Iba a recibir al tercer enemigo.

Pero el cuarto fue mucho más silencioso.

Le asestó un culatazo en mitad de la nuca.

Brillaron intensas lucecitas en el cerebro de Troy. Luego se hizo una oscuridad densa e impenetrable.

* * *

Dos tipos le sostenían en pie.

El tercero le arreaba.

De firme.

El puño derecho se estrelló sobre la cara de Troy como una catapulta.

El izquierdo batió demoledoramente el abdomen del federal y le acometió una arcada. Siguió sacudiéndole sin tregua, sin piedad, hasta despellejarse los nudillos.

—¿Qué buscabas, federal? —preguntó alguien.

Troy tenía la visión borrosa a consecuencia de la sangre que le manaba de las partidas cejas y que como pequeños riachuelos iba a unirse a la que le brotaba de nariz y boca.

Era un fulano elegante con los pies puestos encima de una mesa cara tallada en nogal. Apretó los labios notando en ellos el sabor salobre de la sangre.

El otro volvió a sacudirle en mitad de la cara,

Troy trató de hacer un esfuerzo para despedir los pies por delante pero no pudo.

Un nuevo hachazo en mitad de la mandíbula.

Los golpes lo cosían materialmente.

—¿Qué buscabas? —repitió aquel tipo.

Reunió fuerzas para escupir:

—¡A la sanguijuela cobarde que pagaba a Bannion y a Leigh!

—¡Ah…! ¿Es eso? —habló Pat O'Nelly, que vestía como un *gentleman*. Y agregó: —Tendré entonces que hacer una llamada.

Descolgó el auricular.

Discando un número en el dial.

Cuando le contestaron, dijo:

—Oiga, tengo aquí un inspector federal, un tal Troy Donovan, que se interesa por el asunto de Bannion y Leigh. ¿Qué hago con él?

—…

—Sí, sí, lo tengo bien dispuesto.

—…

—¿Liquidarlo? ¡Sí, puede ser esta noche mismo!

—…

—¿Cómo? ¿Qué antes quiere hablarle usted? Bien. Esperaré.

Colgó,

Y dijo:

—Déjalo inconsciente, Frankie.

Frankie Dowers era el que arreaba.

Le sacudió un leñazo en plena cara.

Dos en el vientre.

Un cuarto en la nuca.

Los otros dos le soltaron y Troy Donovan se desplomo en tierra sin exhalar un gemido.

CAPÍTULO XIII
Una pistolita con cachas de nácar

LE echaron un jarro de agua sobre el rostro.

Eso pareció aliviarlo.

Además, desapareció la borrosidad, al desaparecer con el agua los canalillos de sangre que le caían de las cejas.

Delante de él tenía un individuo.

¡Eh…!

¿Veía visiones?

Sentado o tumbado en el sofá tal como estaba, trató de restregarse los ojos.

Luego miró.

La misma imagen.

¡Sí, la misma!

Y sus labios amoratados y agrietados, exclamaron:

—¡Señor Crawford! ¿También le han cogido a usted? ¿Cómo ha llegado aquí?

Alan Crawford, segundo jefe de la delegación del Federal Bureau of Investigation en Nueva York, sonrió larga y torcidamente.

Alzando la diestra para que Troy se percatase de la automática que empuñaba.

—¿Es posible que sea usted tan iluso e inocente, inspector Donovan? ¿Aún no ha comprendido la verdad?

Parpadeó.

¡No!

¡Aquella realidad parecía imposible!

Precisamente Alan Crawford… ¡claro!

—Así… ¿qué es usted el hombre a quién he estado buscando como un imbécil?

—Nunca mejor empleado un calificativo, Donovan. Pero no ha sido usted el único imbécil. ¿No se acuerda de Chas Kessner? Yo me encargué de que Roland Eyler supiera que él había colocado a su padre y realizara la venganza personal. Así, nadie lo relacionó con el asunto de las divisas. Sí, yo, Donovan. Yo soy el accionista común a las empresas cuya quiebra he provocado, procurándome antes todas las acciones para

poder especular con el numerario. ¡Lástima que Donnagio lo estropeara todo! Él fue el causante de que usted haya llegado demasiado lejos. La tranquilidad de su floristería le tiraba demasiado…

—Comprendo —murmuró Donovan—. Usted mismo me pidió que lo pusiera al corriente de lo que pensaba hacer. Y de esa forma, pudo planear impunemente el asesinato de su propio subordinado Norman Donelly.

—Permítame que le aclare, Donovan, que todos los asesinatos que yo dicto, han quedado, quedan… y quedarán impunes. Nadie podrá llegar jamás hasta mí. ¿No comprende que siempre podré controlar los movimientos de cuántos agentes envíen en busca del jefe de la organización que trafica con divisas?

—¡No lo crea, Crawford! ¡Ningún crimen queda impune de por vida!

El otro soltó una carcajada.

—No sea absurdo, Donovan. Hasta el suyo, que cometeré yo personalmente, quedará ahogado por las oscuras y negruzcas aguas del Hudson. Le he dado demasiada cuerda, y créame que hasta cierto punto lo siento, ¡Me era usted tan simpático!

—¡Maldito asesino! —Troy Donovan trató de incorporarse.

Pero Alan Crawford alzó el cañón de su automática, conminándole:

—¡Quieto! Y ahora… ¡buen viaje!

Fue entonces.

Cuando se abrió la puerta repentinamente.

Y la mujer de ojos verdes que sostenía con las manos la pequeña pistolita de cachas nacaradas apretó el gatillo.

Exclamando luego:

—¡Oh, Dios mío…!

Los dos balazos de pequeño calibre alcanzaron a Crawford en el cuello y el pecho causándole la muerte instantánea.

Se fue hacia delante.

Donovan, pegó un brinco atrapando la pistola, que sostenían los dedos inertes del muerto.

Le metió un balazo, en el entrecejo a Pat O'Nelly cuando éste ya sacaba su automática. Cambió de nuevo la posición apretando el gatillo.

Cayó otro tipo.

Los otros dos levantaron las manos.

—¡Cara a la pared! —ordenó Troy.

Luego miró a la asustada Gina, diciéndole:

—Nunca hubiera imaginado que éste caso concluyera así. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El tuteo fue correspondido por ella.

—Te he seguido. He visto lo que ocurría y me ha parecido lo más

prudente esperar el momento propicio en que pudiera ayudarte. Llevaba en el bolso esa pistolita que me regaló mi tío.

—¡Maravillosa pistolita! —exclamó él.

—¡Pero Troy…! ¡Lo he matado!

—Era un canalla de la peor condición.

Y sin dejar de apuntar a los que estaban cara a la pared se fue hacia el teléfono reclamando la presencia de algunos compañeros de la. División.

El jefe no estaba todavía.

¡La cara que pondría cuando se enterase!

—Gina…

—¿Sí, Troy?

—¿Quieres hacerme un favor?

—Sí. ¿Cuál?

—Dame un beso.

Enrojeció.

—¡Oh…! ¿Prometes que luego te casarás conmigo? Alzó la palma de la diestra. —Prometido.

Si te digo como fue el beso, amigo lector, tendrás que tomar agua del Carmen y hasta de la María.

Mejor lo dejamos para otra ocasión.

FIN



Las mejores obras de:
"SUSPENSE", ESPIONAJE Y POLICIACAS
escritas por los mejores autores del género







Más de 1.500 títulos en sólo dos colecciones son prueba evidente del favor que el público dispensa a nuestras series populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS. Impreso en España

NOTAS

[1] Sede de las finanzas neoyorquinas. Es la calle de Nueva York donde se halla ubicado el edificio de la Bolsa, y al que se conoce comúnmente con el nombre de Wall Street.

[2] Ley de la organización llamada Maffia, que significa «silencio hasta más allá de la muerte».

[3] El Departamento de Policía de Nueva York está regido por un comisario («commissioner») que se puede llamar comandante en jefe. Este nombra a tres o cuatro subcomisarios («deputy commissioners»), un inspector jefe y dieciocho inspectores. Cada inspector, cuya graduación puede equivaler a teniente, está encargado de un distrito. Y éstos, teniendo a veces por encima la graduación de un capitán, se encuentran al mando de los precintos, que son lo que en otros países podríamos llamar comisarías o prefecturas.

Existe también un Departamento de Detectives («Detective Bureau»), dirigido por un inspector jefe, con oficiales subordinados y una plantilla de detectives a sus órdenes. La misión de este departamento es la de prevenir y detener el delito. (N. del A.)